

ANTECEDENTES DE LA HISTORIOGRAFIA DEL PENSAMIENTO FILOSOFICO ARGENTINO *

Por DIEGO F. PRÓ

INTRODUCCIÓN

En el siglo XIX y en lo que va del presente, han aparecido estudios históricos que investigan el desarrollo de las ideas filosóficas en la Argentina. Esos estudios no siempre están directamente vinculados con la filosofía. A veces se relacionan con las ideas políticas y sociales, otras con los centros de enseñanza y no escasean las indagaciones literarias. El primer trabajo importante que encontramos en el siglo anterior es la obra de Juan María Gutiérrez, *Orígenes de la instrucción pública en Buenos Aires* (1877), donde mezclan bosquejos biográficos de filósofos matemáticos, naturalistas y políticos con el estudio de algunos centros oficiales de educación, donde la filosofía tenía alguna presencia, como ocurre con el Colegio de San Carlos (1773) o con los que le sucedieron con otros nombres, Colegio de la Unión del Sur (1818) y el Colegio de Ciencias Morales (1823). La mencionada obra de Gutiérrez se ocupa además de la educación filosófica en el Departamento Preparatorio de la Universidad de Buenos Aires (1821).

Lo mismo acontece con algunos trabajos de Pablo Groussac, entre ellos *Los Jesuitas en Tucumán* (1873), *Santiago Liniers, conde de Buenos Aires* (1907), *Mendoza y Garay, Las dos fundaciones de Buenos Aires* (1916) *Estudios de historia argentina* (1918), *Los que pasaban* (1919), y *Crítica literaria* (1924). En las obras de carácter históricos, principalmente en *Mendoza y Garay*... y en *Estudios de his-*

* Estudio realizado con el auspicio de la Comisión de Apoyo a la Investigación.

toria argentina aparecen los conceptos de filosofía de la historia que orientaron sus investigaciones, y hasta algún estudio de interés filosófico como el que versa sobre la vida y la obra del doctor don Diego Alcorta. En las de crítica literaria pasan personajes e ideas del siglo XIX: Echeverría, Mitre, Sarmiento, Avelaneda, Goyena, Estrada, Pellegrini, Sáenz Peña. En esas obras Groussac también se ocupa tangencialmente de las ideas filosóficas, aunque su autor no tuviese una versación muy ahondada en filosofía.

Entre las investigaciones que de algún modo tratan acerca del pensamiento filosófico argentino, hay que recordar el libro de Juan M. Garro, *Bosquejo histórico de la Universidad de Córdoba* (1882), en que aparece un capítulo acerca de la índole de la enseñanza filosófica de los jesuitas durante los siglos XVII y XVIII en aquella antigua universidad.

En nuestro siglo la preocupación por esta clase de indagaciones ha aumentado no sólo en número, sino en calidad y profundidad. En historiadores como Juan Agustín García, Ernesto Quesada, Joaquín V. González, Antonio Dellepiani, encontramos indagaciones de interés filosófico, sea con respecto a autores argentinos del pasado, sea de ellos mismos, como resultado de la enseñanza universitaria de esos autores. Estos estudios alcanzaron un nivel más alto en autores como Rodolfo Rivarola, José Nicolás Matienzo, José Ingenieros, Carlos Octavio Bunge, Alejandro Korn, Coriolano Alberini, Enrique Martínez Paz, Raúl Orgaz, Ricardo Rojas, Guillermo Furlong. Y más recientemente en Francisco Romero, Jorge Zamudio Silva, Delfina Varela de Ghioldi, Luis Farré, Ricaurte Soler, Carlos Torchia Estrada, Alberto Caturelli Juan Adolfo Vázquez y otros.¹

En un nuevo estudio del desarrollo de las ideas filosóficas argentinas, es conveniente revisar los antecedentes señalados, así como los criterios y métodos empleados por los autores mencionados. Esta búsqueda es de interés, porque es preciso conocer el estado en que se encuentran esta clase de estudios, la interpretación que ofrecen del pasado intelectual del país, el nivel alcanzado y sus limitaciones. Todo ello servirá como punto de partida para alcanzar una mayor comprensión histórico-filosófica del tema, a la luz de criterios más actuales y de un material documental mucho más extenso. Por cierto, que el examen de estos antecedentes tiene un carácter introductorio.

1. JUAN MARÍA GUTIÉRREZ

Juan María Gutiérrez (1809-1878) es la primera figura de importancia que encontraremos en la historia de la cultura argentina con sentido de las exigencias de la investigación. Escribió, como queda dicho, *Noticias históricas sobre el origen y desarrollo de la instrucción pública superior en Buenos Aires* (1887), en cuyo prólogo manifiesta la claridad que tenía acerca del valor de estos estudios. No basta, a su juicio, con la historia de los acontecimientos políticos para conocer la idiosincrasia y la naturaleza de un país. Es preciso conocer el desarrollo de las instituciones educativas, los lugares donde se han formado los hombres que han intervenido en el proceso histórico. Gutiérrez, en el prólogo de la obra mencionada, declara los motivos que le llevaron a realizarla: "... Creemos que el conocimiento íntimo de nuestra sociedad no puede adquirirse de una manera completa sin el estudio de las materias, de las doctrinas y de los métodos en que se educaban aquellos que, como sacerdotes o como magistrados, se apoderaban de las riendas morales del gobierno, en la parte que a cada uno le cabía".²

No se propuso Gutiérrez escribir una historia de la cultura argentina. No podía escribirla en sus años, porque no había realizado la tarea previa de búsqueda de archivos. A esta labor dedicó sus esfuerzos, de los que son frutos las *Noticias históricas sobre el origen y desarrollo de la instrucción pública superior en Buenos Aires* y también el volumen titulado *Pensamientos, máximas, sentencias, etc., de escritores, oradores y hombres de estado de la República Argentina, con notas y biografías* (1859). En la primera de esas obras logró recoger preciosos materiales de valor documental acerca del Real Colegio de San Carlos y del carácter de la enseñanza del latín, la filosofía (1778 a 1853), la teología (1776 a 1821). Estudia las posteriores transformaciones de este Colegio en la Unión del Sud (1817) y la fundación del Colegio de Ciencias Morales (1823). Siempre dentro de la primera parte, investiga los antecedentes de la enseñanza de Náutica y de Matemática (desde 1745), la de la Escuela de dibujo (desde 1799) y de los idiomas vivos.

En la segunda parte de las *Noticias históricas sobre el origen y desarrollo de la instrucción pública...*, Gutiérrez trata de la erección y desarrollo de la Universidad de Buenos Aires (1821). Se ocupa además de la enseñanza de la física (desde 1795), de los estudios eclesiásticos, de los de jurisprudencia (1773-1821) y de los de medicina y cirugía (1899-1823). Cierra esta parte de su libro un catálogo de los libros didácticos y el elenco del personal docente y administrativo.

En la última parte de su obra, Gutiérrez incluye varios estudios biográficos, entre los que figuran algunos profesores de filosofía del Colegio de San Carlos, de la Unión del Sud, del de Ciencias Morales y del Departamento Preparatorio de la Universidad de Buenos Aires. Pasan las trazas biográficas de Juan Baltazar Maziel, Carlos José Monteros, Vicente Juanzaras, Crisóstomo Lafinur, José Luis Corroarán, Manuel Fernández de Agüero, Diego Alcorta, Diego Estanislao Zavaleta y Antonio Sáenz.

Interesa destacar, además del valor documental de las *Noticias históricas sobre el desarrollo de la instrucción pública*, el interés de *Pensamientos, máximas, sentencias...*, que acopia lo que dijeron y meditaron los prohombres que despertaron la conciencia ciudadana y afianzaron las instituciones que aún nos rigen.

Hay que destacar además el carácter biográfico de muchos de los materiales que componen ambas obras. A este respecto dice Gutiérrez: "El propósito de sacar a la superficie desde el fondo oscuro de nuestro triste pasado, los escasos títulos de la cultura intelectual conquistados por la aplicación argentina, no puede realizarse sino con el auxilio de los nombres propios, las indagaciones sobre las personas, es decir, el estudio de la biografía, que es como el comienzo y el germen de toda historia que concentre la vida íntima y doméstica de una sociedad de origen cierto y determinado..."³ Este interés biográfico se vincula, por otra parte, con la concepción historiográfica del autor, que se inscribe dentro del historicismo romántico de los hombres de la generación de 1837. Según esta interpretación una ley interna mueve el proceso histórico, pero no es una ley fatal como en Herder, sino que deja lugar a la libertad individual, como en Vico, Quinet, Thierry, Guizot, Thiers, Cousin y Michelet, autores que han influido en Gutiérrez. Los grandes hombres encarnan y personifican la realidad histórica. La individualidad, la nación y la humanidad son productos del desarrollo histórico. Si el proceso histórico fuese totalmente determinado no habría prohombres, ni hombres chicos, ni por cierto archivos.

El tercer rasgo de la labor historiográfica de Gutiérrez es su índole narrativa. Al respecto escribe en el prólogo de las *Noticias históricas sobre el origen y desarrollo de la instrucción pública*: "...En cuanto a su redacción, hemos atendido más a la claridad y a la exactitud que a la elegancia de la forma: que a poco se presta, por otra parte, la materia. A más, nos hemos sujetado en lo posible a narrar, y sólo en muy raras ocasiones hemos asumido la responsabilidad de jueces, contentán-

donos con facilitar el fallo definitivo a los lectores atentos y competentes".⁴

La reunión metódica de las apuntes historiográficas de Gutiérrez adquiere en el estudio de algunas instituciones educativas, entre ellas el de la Universidad de Buenos Aires, el carácter de interesante crónica. En carta a Alejandro Magariños insistía en estos rasgos de su labor: "... Yo insisto en la necesidad de dar al estudio de la historia entre nosotros el carácter erudito y cronológico: en esto consiste la mitad, cuando menos de la verdad histórica".⁵

En suma: Gutiérrez ha sido, en el orden del tiempo, el primer historiador de la cultura y el pensamiento filosófico argentino. Hizo aportes documentales, trazó apuntes biográficos según las preferencias del historicismo romántico, recopiló información erudita y narró con claridad y precisión. Tuvo conciencia de la importancia de esta labor para la formación de una historia de la cultura y el pensamiento filosófico argentinos.

2. PABLO GROUSSAC

Pablo Groussac (1848-1929) interesa en el examen de los criterios historiográficos con que han sido estudiadas las ideas filosóficas argentinas ¿Razones? Interesa desde el ángulo de su concepción historiográfica y también en virtud de sus estudios de algunas figuras intelectuales argentinas del siglo XIX. Los criterios que ha empleado en sus trabajos están en estrecha dependencia de su teoría de la historiografía.

Quizá convenga recordar su concepto de la disciplina histórica: "... historia es todo relato de sucesos pasados, y son documentos cualesquiera vestigios humanos, si bien por su importancia primordial suelen así designarse casi exclusivamente los escritos contemporáneos del asunto tratado, mirándolos con razón como elementos esenciales de la historia..."⁶. Concebía la disciplina histórica como de índole bifacética: como ciencia y como arte. En las páginas prologales de su *Garay y Mendoza. Las dos fundaciones de Buenos Aires* (1916) y algunas casi finales de su obra *Santiago Liniers, conde de Buenos Aires* (1907), lo mismo que en páginas sueltas de los *Anales de la Biblioteca* (en prólogos, estudios y advertencias), Groussac sostiene el doble carácter de la historiografía. Critica el carácter puramente científico que atribuyen a la misma Langlois y Seynobs, en su *Introduction aux études historiques*, y Altamira en sus cursos dictados por los días del Centenario en la Universidad de La Plata.

Según Groussac con la historiografía ocurre un poco lo que con la arquitectura. Esta contiene y necesita conocimientos científicos para realizar sus construcciones. Pero junto a este aspecto está el estético y estilístico. Nadie discute —piensa el autor— el doble carácter de la arquitectura. De parecida manera, la historiografía presenta un aspecto científico que le viene por las nociones paleográficas, filológicas, diplomáticas, etc., que concurren a su elaboración y a la que no se le puede negar carácter científico. Pero ya en la crítica y análisis de los documentos el historiador necesita “una penetración exquisita, unida a una impecable exactitud de juicio”, a la vez que “cierto don personal de sagacidad inventiva, que no se adquiere y tiene su parte de adivinación”⁷. Estos aspectos de la labor del historiador son ya subjetivos, no científicos. Hay que destacar que el concepto de ciencia que emplea Groussac es el de las ciencias naturales, esto es un sistema de verdades y leyes conexas, que la historiografía no alcanza a satisfacer. No hay que olvidar que desde el punto de vista filosófico, se inscribe dentro de las ideas y convicciones del positivismo.

La historiografía presenta otros lados que son claramente artísticos en el sentido amplio del término. Son las operaciones sintéticas y constructivas de la tarea histórica, “o sea el período decisivo de la labor en que, terminada la labor documental y ordenados los materiales recogidos, toca ya al pensador y artista, apartando de sí al erudito, quedar sólo en presencia del asunto para agotar en la ejecución sus recursos propios y mentales energías”⁸. La síntesis significa tanto como construcción y arte, y tiene que ser guiada por la visión interna del historiador. El arte no entra en los estudios históricos del rondón. Sienta plaza en ellos, porque les es consustancial en tanto la construcción y la síntesis son los aspectos más importantes de la tarea del historiador.

La historia no es ciencia pura, en el sentido que lo son las ciencias naturales. Los acontecimientos históricos no se repiten ni se reproducen en el mismo sentido que las plantas y los animales”... No puede la historia clasificarse como ciencia constituida, no sólo en razón de su incapacidad para ordenar en series sus elementos dispersos (como la realizan las cuasi ciencias de clasificación) o aplicar a los hechos sucesivas leyes deterministas de generalización y causalidad (como lo intentan temerariamente la “filosofía de la historia” y la reciente sociología); sino también por la escasez e insuficiencia de los documentos probantes en los tiempos antiguos, o su abundancia discordante en los modernos”⁹. Y agrega el mismo Groussac: “Así es como coartada en general la elaboración constructiva de la historia —que es propiamente su ele-

mento científico por lo imperfecto de los materiales disponibles, apenas le es dable establecer la exacta verdad de ciertos pormenores concretos, debiendo para los conjuntos, contentarse con aproximaciones en parte conjeturales y subjetivas. Tal resultado daría, a mi entender, el inventario de la historiografía antigua y moderna, exceptuando algunas monografías de asunto muy próximo y circunscripto¹⁰. Los acontecimientos históricos son individuales, únicos y refractarios a todo ordenamiento regular. Lo cual tiene como consecuencia, además de la condición científica de la historiografía, el que la ausencia o falta de los mismos en la contextura general no sea sustituible sino por hipótesis o conjeturas, dando de este modo entrada a aspecto subjetivo en los estudios históricos, al criterio y a la intuición personal del investigador.

El lado artístico de la tarea del historiador se manifiesta en la facultad creadora o constructiva para idear la obra; en la preparación erudita y en la aptitud para realizarla cumplidamente. En todos estos aspectos interviene el arte como "aplicación adecuada a la inteligencia y habilidad personales a la perfección de cualquier obra"¹¹. Aunque Groussac admite que la historiografía tiene, como primera razón de ser, la investigación de la verdad, y la necesidad de fundar en una sólida base documental sus conclusiones, ello no obsta para que "esa verdad perseguida y hallada es la que se integra con la, gracias al elemento artístico o subjetivo que aparenta prestarle sólo línea y color, cuando en verdad le infunde vida en potencia y en acto"¹². Junto a la cultura general y a la información erudita, existe un arte de historiar que se manifiesta en el desarrollo de los asuntos, en el estudio de los problemas, en el discernimiento crítico, en la sagacidad intelectual y en el "supremo talento de la expresión".

Los estudios históricos de Groussac ofrecen los sesgos de su concepción de la disciplina histórica. Autor de numerosos trabajos, de una erudición amplísima, conocedor profundo de la realidad histórica argentina, no escribió sin embargo una historia argentina de carácter general. No porque le faltase talento, o energías, o conocimientos, sino porque su teoría historiográfica se lo impedía. Prefirió los estudios biográficos, como Juan María Gutiérrez, pero por otras razones. Este último se movía con las ideas del historicismo romántico y la exaltación de las grandes personalidades como motor del proceso histórico. Groussac pertenece a la generación de 1880 y su espíritu y su cultura filosófica se nutren en el positivismo, con cierto matiz agnóstico. Sus admiraciones no iban detrás de Thierry, Michelet, Carlyle, Macaulay, sino de Renán, Mommsen, Taine, Fustel de Coulanges.

No admitía Groussac oposición entre las figuras y prohombres y el común de las gentes en el proceso histórico. Los primeros eran la personificación de la realidad histórica, su corporización, como si el mármol se volviese estatua. A través de los próceres alcanzan concreción las fuerzas que animan los acaeceres históricos y a su vez influyen sobre ellas, en un proceso de ida y vuelta. De este modo resolvía la oposición entre la realidad histórica impersonal y cotidiana y la realidad histórica de los grandes hombres.

Los estudios biográficos de Groussac no son biografías en el sentido corriente del vocablo ni tampoco lo son en el sentido de la historiografía romántica. Los hombres representativos alcanzan la significación de tales porque son una manifestación de la realidad histórica, expresan la realidad histórica misma a través del pensamiento y la acción. Se comprende así que el estudio de las grandes personalidades involucra el estudio de toda la realidad histórica argentina. Es lo que ocurre con su *Santiago Liniers, Garay y Mendoza: Las dos fundaciones de Buenos Aires, Estudios de historia argentina*. En esta última se ocupa de José Guevara, Diego de Alvear, Diego Alcorta y de las Bases de Alberdi.

Por lo que hace a sus estudios de interés para el estudio del pensamiento filosófico argentino, hay que decir que presentan el carácter biográfico ya señalado, y que figuran en obras de interés literario e historiográfico. Así en *Los que pasaban* (1919) estudia las figuras de José Manuel Estrada, Pedro Goyena, Nicolás Avellaneda, Carlos Pellegrini y Roque Sáenz Peña. En *Crítica literaria* (1924) pasan Mariano Moreno y Esteban Echeverría.

Aunque no importe de un modo directo a esta revisión de los antecedentes de la historiografía del pensamiento filosófico argentino, quizás convenga decir que Groussac hace depender excesivamente a Echeverría de la ilustración francesa y que su juicio final sobre el autor del *Dogma socialista* es harto discutible. En cuanto a su trabajo sobre los hombres del 80, si bien fue contemporáneo de ellos, y en cierto modo simpatizaba con ellos, su formación positivista y su exagerada autoestimación, le lleva a juzgarlos inadecuadamente y hasta con injusticia.

3. JUAN MAMERTO GARRO

Juan Mamerto Garro (1847-1927) ha estudiado en su libro *Bosquejo histórico de la Universidad de Córdoba* (1882), la enseñanza de la filosofía durante los siglos XVII y XVIII en la Universidad medi-

terránea. Figura importante de la generación del 80, este autor perteneció al sector católico junto con Tristán Achával Rodríguez, Pedro Goyena, Emilio Lamarca, José María Estrada, Félix Frías y tantos otros. Además de la obra mencionada ha dejado otras de interés historiográfico: *Por las instituciones* (a propósito de la crisis de la federación argentina) (1898), *Páginas dispersas. Escritos y discursos* (1915), *La universidad libre* (1921), *Después de las ciencias* (1922).

Tiene un especial significado el *Bosquejo histórico de la Universidad de Córdoba* porque, además de constituir la más valiosa historia de aquella casa de Estudios que se haya escrito hasta nuestros días, contiene materiales de interés para la historia del pensamiento filosófico argentino. Se trata de un libro importante para la historia cultural del país, que bien merecería los honores de una reedición, pues se encuentra completamente agotada la primera.

Huelga destacar aquí la significación de un libro de esta naturaleza, resultado de prolijas investigaciones en los archivos de la Universidad de Córdoba y en otros particulares. Llenó un notable vacío historiográfico en los años de su aparición. En las aulas cordobesas se habían formado importantes figuras del clero argentino (Maciel, Funes, Gorriti, Gómez, Molina, Castro Barros, Corro, Caballero, Cabrera, Bedoya y Agüero), de la jurisprudencia (Portillo, Somellera, Saráchaga, Gallardo, Ocampo, Carril, Derqui, Rodríguez, Campillo, Olmos, Ferreira, Vélez Sársfield), de la filosofía (Varela, Lafinur) y de la milicia (Paz) Más allá de esas figuras prestigiosas, estaba también la labor silenciosa y fecunda de nutrir la vida cultural de la Argentina durante doscientos sesenta y ocho años, de alimentar la vida espiritual de la sociedad, proyectando en estas esencias que iban a constituir en el curso histórico su trasfondo axiológico, su tradición intelectual y su idiosincrasia social.

No vamos a examinar la obra de Garro desde el punto de vista de la historia de la cultura argentina, o si se prefiere de la historia de la educación universitaria y superior. Estos aspectos, que son los principales y troncales del libro, quedan fuera de los límites de nuestro trabajo. Digamos tan sólo que el autor parte el desarrollo histórico de la Universidad de Córdoba en tres períodos. El primero, que comprende desde la entrada de la Compañía de Jesús en la gobernación de Tucumán (1586) hasta la expulsión de los jesuitas durante el reinado de Carlos III (1767). El segundo, que comprende desde esta última fecha hasta 1808, en que Liniers separa la Universidad a los franciscanos y la entrega al clero secular, como decían las instrucciones que Bucarelli había recibido de Carlos III. La tercera época comprende el lapso que

va desde 1808 hasta 1881, cuando se produce la nacionalización de la Universidad, durante la presidencia de Roca.

El libro de Garro estudia los antecedentes educacionales de la fundación de la Universidad de Córdoba, el Colegio de los jesuitas declarado en 1610 Colegio Máximo y Seminario Principal, la apertura de sus estudios en 1614, su elevación a la categoría de Universidad en 1622, por un Breve de Gregorio XV y reales cédulas de Felipe III. Hay que hacer notar que el autor da como fecha de fundación de la Universidad el año 1614 y no 1613, como hacen otros autores, entre ellos Guillermo Furlong en su libro *Nacimiento y desarrollo de la filosofía en el Río de la Plata*. El error lo atribuye Garro a que se confunde los estudios en que tuvo origen la Universidad con los que se establecieron en dicho año en el Convictorio de San Javier. Después se ocupa, a lo largo de veintidós capítulos y de un apéndice documental, de todo el pasado intelectual de la Universidad, de la organización de sus estudios, de sus grados académicos, de sus constituciones (estatutos y reglamentos), del acceso a la casa de estudios, de sus planes de estudios, de la índole de la enseñanza de los académicos, de las vicisitudes de la vida universitaria durante casi tres siglos.

Pero lo que hace que el libro de Garro constituya un antecedente para la historiografía del pensamiento filosófico argentino es su estudio de la enseñanza de la filosofía durante el dominio de los jesuitas en la Universidad de Córdoba. En la primera parte del libro, en el capítulo VII, trata del método que empleaban en la enseñanza y de la doctrina que impartían. Quizá convenga recordar antes la organización de los estudios. Los estudios se abrían con los de la lengua latina, que se realizaban en dos años de práctica asidua de los "gramáticos". Los alumnos llegaban a hablar y escribir la lengua y a conocer a Horacio, Virgilio y Cicerón como autores principales. La Universidad se organizaba en dos Facultades o Departamentos: una de Artes, cuyos estudios duraban tres años y comprendían la enseñanza de la Lógica, Física y Metafísica. Otorgaban los grados de bachiller, licenciado y maestro. La otra de Teología, cuyos estudios abarcaban cinco años de duración y comprendían la enseñanza de cánones, Moral y Teología. Otorgaban los grados de bachiller, licenciado y doctor. La culminación de los estudios era el grado de doctor en teología, que sólo se otorgaba a los ordenados de índole sacra. Los estudios filosóficos eran así intermedios entre la formación literaria y la formación teológica.

No había textos de estudio durante la época de dominio jesuíta. Los profesores de ambas Facultades componían o arreglaban en forma

de tratados las materias filosóficas o teológicas que debían leer a sus discípulos, sirviéndose para ello de los trabajos de sus predecesores, "que acondicionaban o modificaban según lo exigía el progreso de la ciencia en lo tocante a la solución de las numerosas cuestiones del dominio de la escolástica, o a la claridad del método en la exposición"¹³. Sigue Garro, en el estudio de método de enseñanza, el *Ensayo histórico* del deán Funes, por lo que hace a la documentación, y la *Historia Universal* de Cantú en las apreciaciones filosóficas generales.

El contenido de la enseñanza filosófica era aristotélica y suarista. La teología era tomista y suarista. "Nacida en un siglo en que Aristóteles y Santo Tomás reinaban sin contradicción en las escuelas, la Universidad de Córdoba siguió el movimiento de la época y adoptó sin vacilar las doctrinas del filósofo de Estagira y del doctor Angélico en sus facultades de artes y teología"¹⁴. Como las doctrinas de Aristóteles habían dado lugar a sistemas contradictorios, la Universidad tomó por guía la filosofía y la teología de Suárez, a tal punto que se rehusaba a admitir en sus aulas a los alumnos de los colegios donde no era profesada esa enseñanza.

Tras de exponer el contenido de la filosofía escolástica, siguiendo la *Historia Universal* de Cantú, entra Garro en consideraciones críticas. Habla del espíritu de disputa, de las controversias sutiles, estériles y verbosas, del abuso del método silogístico, de discusiones baladíes en materia teológica. También aquí sigue los juicios del deán Funes y las apreciaciones de Cantú. Agrega las críticas de Balmes a la enseñanza de la Universidad de Salamanca cuando Carlos III emprendió la reforma de sus estudios en 1771.

Hechas las sumas y las restas, la labor de Garro en su *Bosquejo histórico de la Universidad de Córdoba* es de innegable importancia para la historiografía de la cultura y la educación argentina. Su contribución para la historia de las ideas filosóficas argentinas la estimamos limitada. Se trata de una historiografía externa de las mencionadas ideas. No trabaja con las fuentes, de primera mano: tesis, apuntes de clases, cursos de los profesores. No estudia el desarrollo de la filosofía en las tres épocas en que divide la historia de la Universidad. Estos defectos obedecen a que Garro no tenía cultura filosófica y por eso necesitaba apoyarse en juicios y puntos de vista ajenos. En descarga del autor hay que decir que los estudios filosóficos eran intermedios entre los preparatorios de latinidad y los superiores de teología. De ahí la escasa documentación que se conserva de tales estudios, pues el destino académico de los profesores era la Facultad de Teología y no la de Artes. Habrá

que aguardar a otros investigadores para exhumar algunas *tesis* correspondientes a exámenes y algunos apuntes de cursos tomados por los alumnos.

4. RODOLFO RIVAROLA

El interés que tiene Rodolfo Rivarola (1857-1924) para el estudio de la historiografía de las ideas filosóficas argentinas, reside no sólo en sus estudios filosóficos, en su actuación docente en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, de la que fuera profesor de ética y metafísica, y decano, sino además por haber asentado, sobre la base de prolijos estudios de la realidad histórica argentina, una periodización de tipo generacional. Lo común en la historiografía nacional es que se tome en cuenta exclusivamente la vida política y pública, y sus acontecimientos, para la partición del proceso histórico general. Así se lo divide en varios períodos o épocas: colonial, independiente, y dentro de éste, la Revolución, la Anarquía, la tiranía, la organización nacional, etc. Estos criterios no resultan ajustados cuando se trata del estudio de otros aspectos de la realidad histórica del país: la economía, las artes, el pensamiento filosófico, las ciencias, las creencias religiosas.

El autor que consideramos, que por lo demás es autor de varias obras importantes para la historia de la Cultura Argentina, tales como *Estudios Filosóficos* (1945), *Estudios Pedagógicos* (1939) y *Estudios Históricos* (1941), ha observado que los pasos del proceso histórico nacional se cuentan por ciclos generacionales, cada uno de los cuales ha realizado una determinada "idea-fuerza" en el quehacer histórico. Esta teoría de las "ideas-fuerzas" la toma Rivarola de Alfred Fouillée, filósofo francés de tendencia neokantiana, aunque cree reconocerla también en las obras de Mitre, en su *Historia de Belgrano y de la independencia argentina* y en su *Historia de San Martín y de la emancipación sud-americana*¹⁵. El que el eminente historiador afirmase la importancia de las ideas en la realidad histórica, bien se comprende si se piensa en su formación dentro del historicismo romántico.

Los ciclos treintenales que observa Rivarola en el curso histórico del país argentino son los que siguen:

Primero: 1791 a 1821. Origen, desarrollo y realización de la idea de independencia.

Segundo: 1821 a 1851. Idea de un Congreso general que dé forma constitucional al Estado; su ensayo y su fracaso, que derivan de la oligarquía.

Tercero: 1851 a 1880. Al fin de preparación y realización formal

de la Constitución e integración del Estado por la Capital de Buenos Aires.

Cuarto: 1881 a 1911. Idea y aspiración de la forma representativa, por el "sufragio libre e independiente de la oligarquía y de la coacción oficial", reaparecidas bajo la Constitución.

Quinto: Iniciado en 1911. Aplicación del sufragio universal, bajo las garantías de una nueva ley electoral, y la divulgación de la "fe democrática".

No vamos a estudiar el contenido histórico concreto de cada uno de los ciclos que el autor ha observado en sus investigaciones. Sólo digamos que esta periodización no la propone como una ley, pues "las leyes históricas, según él, son generalizaciones de observaciones, en vista de más largos periodos en la vida de la humanidad. La de los ciclos de historia argentina se limitan a tiempos relativamente breves y al desenvolvimiento normal de organización del Estado, al parecer no terminada aún"¹⁶. En todo caso, es una interpretación que da cierta inteligibilidad al curso histórico de la vida política argentina y que es susceptible de aplicación también al desenvolvimiento filosófico, científico y cultural del país.

Política, historia y filosofía tienen, según Rivarola, sus tareas propias. La historiografía el pasado, la política el futuro y la filosofía el presente. Con todo, ve cierta coincidencia de la política, la historia y la filosofía. "Los políticos suponen que ellos hacen la historia, y que a la posteridad le queda el escribirla. Pero, ni la política, esto es, ni los políticos crearían el material de hechos de los cuales se ocupan los historiadores, ni estos escribirían de sucesos pasados, si todos, si políticos como historiadores, no fuese o procediesen necesariamente como filósofos, los unos en la acción y los otros en la reflexión"¹⁷. Y agrega: "La intervención de la filosofía no requiere ser justificada, si al ocuparse la política de lo futuro, la guía un pensamiento, aún cuando sea originado por el instinto en vez de la ilustración; y hecha la historia, el historiador la interpreta según su propio criterio filosófico". En sus *Estudios filosóficos*¹⁸ amplía estos puntos de vista, particularmente en el que lleva el nombre de *Filosofía, política, historia* (1917).

5. JOSÉ NICOLÁS MATIENZO

En José Nicolás Matienzo (1860-1936) encontramos a otro de los profesores de la primera hora de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, donde sirviera la cátedra de lógica hasta el año 1917. Ha dejado por lo demás un *Compendio de psicología* (1893) y una

versión del compendio del *Tratado de Lógica* de Stuart Mill. De formación positivista, nutrido en las ideas de Spencer y Stuart Mill, pero también Bladwin y James han dejado una obra importante como jurisconsulto e historiador.

Interesa a nuestra búsqueda su concepción historiográfica y su criterio generacional para la división del proceso histórico argentino. Por lo que atañe a lo primero, según Matienzo el proceso histórico era una parte de la evolución total del mundo. Lo consideran resultado de la intervención de todos los hombres, sin discriminación entre hombres grandes y hombres chicos, entre prohombres y el común del pueblo. El curso histórico está movido por el pueblo y no es obra de los hombres públicos y de los gobernantes. Es el resultado de la actividad privada de las gentes que constituyen un pueblo. Ello desde la lengua hasta la creación de bienes económicos, técnicos, científicos, ideas filosóficas y creencias religiosas, así como la legislación y la formación del Estado. En un trabajo que data de 1890, *Gobierno representativo federal de la República Argentina*, leemos: "Ya no creemos que la historia de la humanidad sea la de sus grandes hombres, ni la de sus hombres buenos, ni la de sus hombres malos. La historia se nos presenta ahora como la descripción del desarrollo de un vasto organismo sometido a leyes naturales. En esa descripción, las vidas individuales tienen una importancia muy secundaria con relación a la vida del conjunto social. Surgen y pasan ante nuestra vista como las olas, algunas más impetuosas y más arrogantes que las otras; por nunca más admirables que el mar inmenso que las sobrevive a todas con su vaivén eterno". A conclusiones parecidas llegaba también Juan Agustín García, después de haber conocido a las grandes figuras de la historia argentina a través de los documentos. Por eso su labor de historiador se orientó hacia el estudio de la realidad histórica en su manifestación cotidiana y del común de las gentes. Estas mismas ideas historiográficas las desarrolla y ahonda Matienzo en su trabajo *La civilización es obra del pueblo y no de los gobernantes*¹⁹.

Otras ideas del autor que consideramos importan aquí. Aludimos a lo que llama "la ley de las generaciones en la política argentina", nombre del trabajo que dedicara a este tema. Se trata de un ritmo, de una ley histórica, según la cual "el predominio político de una generación dura ordinariamente dieciocho años, al cabo de los cuales una nueva generación toma la dirección política de la nación, con otro espíritu y otros métodos"²⁰. Por lo cual "la revolución violenta es innecesaria y hasta puede ser inoportuna e ineficaz".

Matienco arranca para su partición de la historia argentina del año 1862 en adelante. Cada tres presidencias se produce el cambio generacional, un nuevo ciclo, que da una nueva dinastía de gobernantes. Según el ritmo señalado resultan estas particiones: de 1862 a 1880 "el ciclo de Pavón o de la dinastía liberal"; de 1880 a 1898 "el ciclo de la federación o dinastía centralista"; de 1898 a 1916, el ciclo de la reforma electoral o dinastía moderada; y de 1916 a 1934 el ciclo "de la renovación o de la dinastía radical". Ningún régimen gubernativo ha durado, dice el autor, más de dieciocho años en la República Argentina. El espíritu unitario con que se efectuó la independencia predominó desde 1810 hasta 1827, fecha de la caída de Rivadavia. La tiranía de Rosas duró diecisiete años escasos, desde 1835 hasta febrero de 1852.

Contrariamente a la exaltación del papel que desempeñan en el curso de la historia, que según orientaciones historiográficas diferentes, encontramos en Juan María Gutiérrez, Pablo Groussac, Juan Mamerto Garro y Rodolfo Rivarola, Matienco destaca el carácter impersonal de la realidad histórica. El principio animador de estas últimas no son las grandes figuras, sino el pueblo. "El pueblo, —asegura el autor— tiene instintos que, como los instintos de las especies animales, cumplen su fin con regularidad o acierto admirables. Sólo así se explican ciertos movimientos históricos, cuya magnitud y consecuencias son inexplicables por la simple acción personal de los individuos que aparecen provocándolos o dirigiéndolos"²¹. A la acción de los pueblos atribuye Matienco, y a su sesgo impersonal, atribuye la casi simultaneidad de la proclamación de la independencia en las colonias españolas.

6 JOSÉ INGENIEROS

José Ingenieros (1877-1925) pertenece a una promoción de gentes que pro'ngaron el positivismo filosófico de la generación del 80 con el nombre de filosofía científica o científicismo. Carlos Octavio Bunge (1875-1918), Rodolfo Senet (1872-1938), Víctor Mercante (1870-1934), Horacio Piñero (1859-1919), Ernesto Quesada (1858-1934), José Nicolás Matienco (1860-1936), Alfredo Ferreyra (1863-1938), Carlos Rodríguez Echart (1866-1934), todos profesores de materias filosóficas, los más significativos de la época integraron una pléyade de hombres valiosos, que tuvieron gran influencia en la cultura del país. Para Ingenieros las ciencias que están más cerca de la filosofía son la psicología y la biología. Su doctrina filosófica se caracteriza por ser evolucionista, energétista, monista y determinista.

Muchas especies tienen vida social, según nuestro autor. La diferencia con la sociedad humana reside en que ésta tiene experiencia sociogenética, mientras que las colonias animales sólo la tienen filogenética. En lo fundamental la sociología puede estudiar las sociedades humanas desde el mismo punto de vista que posee el biólogo para estudiar las colonias animales. Su biologismo se ve atemperado por el reconocimiento de que la sociedad en sí es un agregado, pero no un organismo. La sociología estudia la evolución de la especie humana y la de las sociedades que la forman.

Por lo que hace a nuestro tema interesan dos obras de Ingenieros: *Direcciones filosóficas de la cultura argentina* (1915), *Evolución de las ideas argentinas* (1918). En la segunda estudia las ideas argentinas en general: políticas, jurídicas, económicas, sociales, filosóficas, religiosas. Excede los límites de una historia del pensamiento filosófico nacional. El título de la obra es sugente: *Evolución...* Este concepto pertenece a las ciencias biológicas y naturales.

Además de la evolución filogenética de la especie humana, Ingenieros señala la evolución social o sociogenética, a través de la cual se constituye la experiencia social de las colectividades. Esa experiencia comprende todos los aspectos de la vida social. La historiografía investiga la "evolución" de la experiencia social, sea desde un punto de vista general, o bien, como en el caso de la evolución de las ideas, en uno de sus aspectos. La misma ética hay que estudiarla con criterio social. Más que los ideales éticos individuales o filosóficos, interesan los ideales éticos como resultados de la experiencia social o de la evolución sociogenética.

En la advertencia de *Evolución de las ideas argentinas*, su autor declara el propósito que lo impulsa a escribirla. Se propone elaborar un "breviario de moral cívica", es decir, que la obra tiene un propósito educativo o pedagógico en sentido amplio. Se trata de educar a los jóvenes en los ideales que anticipan el porvenir social. ¿Cuáles son esos ideales? En realidad proyecta como ideales sus propias convicciones o ideales cívico personales. Hay una intención práctica en esta obra y no una actitud de simple investigación de la verdad histórica. Está escrita en función del presente y el futuro. No desciende al pasado por el pasado mismo. De allí resulta que Ingenieros nunca es imparcial en su quehacer historiográfico.

¿Cuáles son los criterios que orientan la tarea de nuestro autor? Adopta una actitud de juez que le toca decidir entre la luz y la sombra. La historia moderna se explica aplicando una clave: la lucha entre el

principio de la feudalidad y el de la época moderna, entre el absolutismo y la libertad política, entre el error y la verdad, entre la injusticia y la justicia. Con esta clave entra a juzgar los hombres, los acontecimientos y las ideas, polarizándolos en términos opuestos y de signo contrario. Con esta posición abstracta Ingenieros empobrece enormemente la realidad histórica y la reduce a un esquema simplista, alejado del carácter complejo y polifacético de la misma.

La *Evolución de las ideas argentinas* (dos volúmenes) presenta en el primer volumen una Introducción donde estudia la mentalidad colonial. Siguen los siguientes capítulos: I, El enciclopedismo y la Revolución; II, Dos filosofías políticas; III, La Asamblea revolucionaria, IV, El Congreso reaccionario; V, La Reforma. El contenido del segundo volumen es el que sigue: I, Los sillares de la Revolución; II, El señor feudal; III, El absolutismo; IV, Los pactos federales; V, El Estado y la Iglesia; VI, Espíritu de la Restauración; VII, Los saint-simonianos argentinos²². Llega esta obra hasta los hombres de la generación de 1837.

Los criterios historiográficos de Ingenieros le lleva a atacar la obra colonizadora de España y la cultura del período colonial, afirmando falsamente, entre otras cosas, que España no tuvo Renacimiento. Al hablar de los hombres de la generación del 37, los abarca a todos con el nombre de saint-simonianos, olvidando la influencia francesa en ellos de Lerminier, Cousin, Jouffrey, Lamennais, Quinet, Michelet, autores que representaron en su época la tendencia liberal. Sólo toma en cuenta las lecturas de Saint Simon, Leroux, Enfantin, Fourier

No trabaja sobre fuentes bibliográficas directas y de primera mano. La actuación de las órdenes religiosas, sobre todo de los jesuitas, y la enseñanza de la Universidad de Córdoba, la enjuicia a través de las opiniones del Deán Funes (del clero secular y enemigo declarado de los jesuitas y los franciscanos), de Manuel Moreno en las *Memorias de Mariano Moreno* y de Juan María Gutiérrez. Con respecto a las tesis filosóficas, dice que le basta haber leído una para poder juzgar a todas. Las califica de zonceras filosóficas. En la época en que el autor escribía nadie podía conocer el desarrollo de la filosofía en el período colonial, pues las tesis y los apuntes de los cursos de filosofía dormían en los archivos de la Universidad de Córdoba, en las bibliotecas de los conventos o en las bibliotecas privadas. Sólo Juan Chiabra había traducido algunas de ellas durante el Centenario y fueron editadas por la Universidad de la Plata.

En la tarea historiográfica lo inmediato a través de la documentación es la realidad histórica, el proceso mismo; lo mediato es lo que el

historiador piensa, lo que reconstruye históricamente. Pero esta reconstrucción no puede estar conducida por prejuicios. La obra de Ingenieros consideramos adolece de estas fallas, sin que ello signifique negar que se trata del esfuerzo más abarcador realizado hasta sus años en materia de historia de las ideas argentinas.

Por lo que atañe a su trabajo sobre *Las direcciones filosóficas de la cultura argentina* (1915), todas sus páginas reflejan la formación biológica de Ingenieros, lo cual le impide considerar con objetividad el verdadero acontecer de la realidad histórica y el curso de las ideas filosóficas. Este estudio abarca un lapso mucho mayor que su obra *Evolución de las ideas argentinas*, pues parte de la época hispanocolonial (siglo XVI) y se extiende hasta las primeras manifestaciones de la filosofía científica en nuestro país (fines del siglo XX).

Para Ingenieros "la argentinidad es el sentido nuevo que la raza naciente de esta parte del mundo podrá imprimir a la experiencia y a los ideales humanos". Trata de descubrir la mentalidad argentina en el estudio del pasado ideológico del país. Para ello, hace un examen historiográfico del desarrollo de las ideas filosóficas.

En la primera parte de su trabajo considera que la filosofía durante la época pre-independiente está signada por la escolástica de la contrarreforma. Vuelve a insistir en que, en España, no hubo Renacimiento. Caracteriza con rasgos negativos la enseñanza de la filosofía en España y en sus posesiones. Para la situación filosófica española se remite al juicio de Rafael de Altamira y para el Río de la Plata a Vicente Fidel López, Juan María Gutiérrez y Manuel Moreno. No maneja fuentes directas y su labor historiográfica es de segunda mano.

La segunda parte versa acerca del Enciclopedismo y la Revolución Argentina. Puntualiza la penetración en España, a mediados del siglo XVIII, de tres corrientes de ideas: 1) Locke y Condillac en filosofía; 2) Quesnay en economía Política; 3) Montesquieu y Rousseau en Derecho Político. Dos sucesos de importancia actualizan en el Río de la Plata la aludida renovación filosófica: 1) La expulsión de los jesuitas; 2) La creación del virreinato y la acción fermentadora de Vértiz. Concentra el autor en tres obras del siglo XVIII la fuente ideológica del espíritu revolucionario argentino: *El contrato social*, de Rousseau; *Las máximas económicas*, de Quesnay; y el *Tratado de las sensaciones*, de Condillac. Estima que los jesuitas "se pusieron de frente contra esa corriente que era la ley misma de la civilización moderna". Desconoce la tarea de incorporación del pensamiento moderno realizado en las cátedras de filosofía de las Universidades de Córdoba y Chuquisaca, así como en

el Colegio de San Carlos, aunque en este último advierte cierto espíritu liberal en la labor de Baitazar Maciel, Francisco F. Planes, Juan José Labardén y otros. Tampoco aquí maneja de un modo directo fuentes documentales. Se remite a los historiadores mencionados más arriba. A fines del siglo XVIII, había en Buenos Aires una minoría ilustrada (formada en la filosofía de las luces), que constituía una masa moralmente compacta, una verdadera nacionalidad con espíritu propio. La raíz de la nacionalidad argentina se encuentra exclusivamente, a juicio de Ingenieros, en la acción de estos hombres y sus ideas filosóficas modernas. Son los hombres de Mayo. Vuelve el autor a caer en esquematizaciones y abstracciones simplificadoras.

En la tercera partición de su libro, el autor trata de la política liberal y el ideologismo filosófico. Examina el desarrollo de estas ideas en Europa y su posterior penetración en el Río de la Plata, particularmente a través de la enseñanza de Lafinur, Fernández de Agüero, Diego Acorta y Cosme de Argerich. Aquí hay un conocimiento directo de las fuentes documentales argentinas.

De la "restauración conservadora y el romanticismo social" se ocupa *Direcciones filosóficas de la cultura argentina*. Repite los puntos de vista que ha expuesto en *Evolución de las ideas argentinas*. Caracteriza a los hombres de la generación del 37 como socialistas románticos en política y como positivistas en filosofía. Incurre en el mismo error de Groussac cuando sostiene la existencia de un positivismo "avant la lettre", infuso en la atmósfera social de la época, que teñirá la cultura argentina hasta fines del siglo XIX. Sitúa a Sarmiento, Alberdi y Mitre en esta dirección filosófica, con un desconocimiento notable de la historia de la filosofía.

Finalmente, explora las primeras manifestaciones de la filosofía científica, de las que el mismo autor participa y cuyos representantes son Ameghino con su transformismo y evolucionismo en paleontología, y su panteísmo naturalista en filosofía, José María Ramos Mejía con sus estudios biológico-sociales; y Agustín Alvarez con sus ideas ético-sociales y pedagógicas. Define Ingenieros la filosofía científica en estos términos: "...es un sistema de hipótesis fundado en las leyes generales de mostradas por las ciencias particulares, para explicar los problemas que exceden a la experiencia actual o posible: es, pues, una verdadera experiencia de la metafísica. Es un sistema de formación continua. Tiene métodos, pero no tiene dogmas. Se corrige incesantemente en la medida en que varía el ritmo de la experiencia. Elaborada por hombres que

evolucionan en un ambiente que evoluciona, representa un equilibrio inestable entre la experiencia que crece y las hipótesis que se rectifican”.

Desde el punto de vista de una historiografía de las ideas filosóficas, se encuentran en esta obra de Ingenieros las mismas fallas que en *Evolución de las ideas argentinas*. Unilateralidad de los criterios y métodos biologists en el estudio del pensamiento filosófico argentino; esquematismo y abstracción simplificadora de la realidad histórica; falta de estudios documentales directos; y desconocimiento por momentos de la historia de la filosofía, lo cual le hace confundir la verdadera posición filosófica de los hombres de la generación del 37, olvidar la importancia que tuvo el eclecticismo espiritualista en las generaciones sucesivas y juzgar arbitrariamente la reacción antipositivista.

7. JUAN CHIABRA

Juan Chiabra (1873-1934), profesor de cultura humanista, ha realizado una importante edición de fuentes para la historiografía del pensamiento filosófico argentino. Su contribución en ese sentido es importante porque puede haber tarea auténtica de historiador en la sola edición de fuentes y no en la del historiógrafo que se proyecta ideológica o estéticamente sobre el pasado intelectual.

Había nacido nuestro autor en Italia, donde realizó sus estudios universitarios, graduándose de doctor en letras en la Universidad de Nápoles y después en filosofía en la de Roma. Neokantiano en filosofía, discípulo de Carlo Cantoni, durante varios años fue profesor de distintos liceos italianos y dictó cursos de filosofía en la Universidad de Pavia. Fue coetáneo y opositor en concursos secundarios y universitarios de Gentile y Mendolfó. En 1910 llegó a la Argentina, habiéndose desempeñado como director de la biblioteca de la facultad de ciencias jurídicas y sociales de la Universidad de La Plata, y profesor de Lógica en la Facultad de Humanidades de dicha ciudad. En la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, sirvió las cátedras de Lógica, de Ética, Latín, Griego, Lingüística romana. Entre sus trabajos, figuran *La enseñanza de la filosofía en la época colonial* (1911) y *Filosofía y estética* (1928).

Por lo que hace a la edición de fuentes interesa a nuestro propósito la traducción y edición de algunas tesis filosóficas de la época colonial. Fueron publicadas con el nombre de *La enseñanza de la filosofía en la época colonial* por la Universidad de La Plata en 1911. Llevan una introducción del traductor. Chiabra aclara allí el origen de los materiales,

que se encontraban en la biblioteca de la Universidad de la Plata. Para ello menciona una *Memoria de la Universidad Nacional de la Plata, 1909-1910*, de Joaquín V. González, donde figuran los orígenes de los materiales. La obra ofrece el siguiente contenido: I. Versión castellana de la parte primera de la obra *Institutiones philosophiae*, apuntes de lecciones dictadas en latín por el Dr. Luis José Chorroarín en el Real Colegio de San Carlos en Buenos Aires el año 1783. II. Versión castellana de la parte tercera de la obra *Phisica generalis nostri philisiphici cursus*, apuntes de lecciones dictadas en latín por Fray Elías del Carmen en la Real Academia de Córdoba, en el año 1784. III. Versión castellana de la obra en latín *Cuaderno de filosofía moral*, manuscrito firmado por Cesáreo Dávila²³.

La importancia de la publicación de las fuentes mencionadas había sido puesta de manifiesto en la *Memoria...* del Dr. J. V. González cuando decía en ella: "Desde el punto de vista de la historia nacional la publicación de estos libros servirá para conocer el caudal de cultura mental de que se hallaren provistos los hombres directivos que salieron de las universidades coloniales a la lucha activa de la revolución; y este solo enunciado, nuevo en la realidad, aunque ya se hubiesen dado a luz algunos otros tratados semejantes, basta para demostrar con nueva elocuencia la oportunidad de la impresión que esta universidad se propone hacer de la obra del reverendo padre Elías del Carmen"²³. Chiabra coincide con estas valoraciones y subraya la importancia que tienen las obras de Chorroarín y Elías del Carmen para el estudio de la cultura nacional, porque se revela en ellas el estado de la intelectualidad del país en el período colonial y en los tiempos de la emancipación del país. Por otra parte, señala que la publicación de los manuscritos mencionados constituye una contribución al movimiento internacional de comienzos del siglo XX en la preparación de los materiales necesarios a la historia universal de la escolástica y, por cierto, al conocimiento en la Argentina de ese régimen de estudios, de tanta influencia en el pasado intelectual del país.

El estudio introductorio de Chiabra es extenso, abarcador y variado, aunque un tanto genérico. Contrasta por su elaboración meditada, la seriedad de su información siempre actualizada, el planteo y la historia de los problemas, el estado de las cuestiones en su tiempo, sus preferencias por los enfoques de las corrientes neokantianas, con los estudios filosóficos predominantes en la Argentina de los días del Centenario, predominantemente positivistas. Hay que recordar junto a este profesor de la Universidad de La Plata, y la de Buenos Aires,

otras figuras importantes del quehacer filosófico que vinieron de Europa y contribuyeron al cambio de la situación filosófica del país. Aludimos a Félix Krüger, Guillermo Keiper, Carlos Jesinhaus, y más tarde en 1916, Ortega y Gasset.

En su estudio preliminar se propone Chiabra orientar a los estudiantes en el conocimiento del pasado filosófico argentino, en el manejo de los métodos adecuados para la investigación histórico-filosófica, en los problemas y cuestiones planteados por la filosofía escolástica en general y las obras de Chorroarín y Elías del Carmen en particular, los enfoques de la filosofía moderna y de la filosofía a fines y comienzos del siglo. Hay que decir que la tarea realizada por nuestro autor ha beneficiado a los investigadores del pasado intelectual argentino, que han podido utilizar estas fuentes historiográficas.

El autor de *La enseñanza de la filosofía en la época colonial* trata en su estudio muchas cuestiones de permanente interés para la filosofía y su historia: la historiografía filosófica, sus recaudos y exigencias, los lineamientos del desarrollo de la filosofía medieval, la doctrina de la doble verdad, la solución de este problema en la filosofía moderna, las direcciones fundamentales del pensamiento contemporáneo, la historia de la ciencia, de sus métodos de investigación, de los resultados positivos alcanzados por la gnoseología y la epistemología, las diferencias entre la reflexión metafísica y la reflexión científica, las relaciones recíprocas entre religión, ciencia e historia de la filosofía. Dentro de la vastedad de su horizonte, Chiabra desarrolla con especial atención el problema del método y el de las cuestiones planteadas por la relación de la filosofía con la religión y la ciencia, sin duda porque eran las cuestiones más acuciantes de su época.

En las páginas que componen la *introducción* a las obras de Chorroarín y Elías del Carmen emergen los enfoques propios de la filosofía neokantiana, sobre todo a través de algunos representantes italianos, entre ellos Carlo Cantoni y Piero Martinetti. Del primero Chiabra había sido discípulo en Italia. Hay que convenir, sin embargo, que escasean las referencias directas y concretas a las obras de los autores traducidos. No entra el autor en el examen del contenido de las mismas. Sólo fugazmente destaca este o aquel aspecto de las doctrinas de Chorroarín y Elías del Carmen. Se mantiene siempre en el plano de los orígenes históricos de aquellas doctrinas, sus problemas y cuestiones, y las respuestas que se han dado con posterioridad hasta llegar a la actualidad del autor.

Desde el punto de vista de la historiografía de las ideas filosóficas argentinas, Chiabra se limita a los aspectos generales, sin entrar en la indagación de las influencias y posible originalidad. Importante y valiosa desde otros puntos de vista, la *Introducción* se queda en el terreno de una historiografía externa del pensamiento filosófico argentino.

8. ALEJANDRO KORN

En Alejandro Korn (1860-1936) encontramos una importante contribución al estudio de la historiografía de las ideas filosóficas argentinas. Su libro *Influencias filosóficas en la evolución nacional* fue publicado en 1937, aunque los ensayos que lo componen provienen de algunos años antes, a tal punto que podríamos decir que preceden a la *Evolución de las ideas argentinas* de José Ingenieros. Componen el libro de Korn cuatro capítulos, donde el autor estudia el desarrollo de las influencias de la filosofía escolástica, la filosofía moderna, el romanticismo y el positivismo. Escribió el primer estudio en 1912 y lo dio a conocer en la "Revista de la universidad de Buenos Aires", el segundo y tercero en los años 1913 y 1914, respectivamente, en los "Anales de la facultad de Derecho" de Buenos Aires, y el último, al recogerlos en forma de libro. En 1927 publicó en la revista "Nosotros" un Ensayo afín "Filosofía Argentina", complementario de las "Influencias filosóficas..." y que indaga la situación de la filosofía en el país hasta 1925.

Estos trabajos de Korn tienen los sesgos que ofrece toda su producción filosófica: concentración del pensamiento, exposición sintética, fraseo breve y contundente, tono categórico. Su interpretación general de la historia de algún modo también está presente en su libro. A su juicio la historiografía no es ciencia estricta. Ciencia es la interpretación matemática de la realidad objetiva. El saber histórico no se formula en ecuaciones matemáticas ni es el resultado del empleo de la inducción y la experimentación. "La historia es la noción coherente del desarrollo de la cultura humana"²⁴. Por cierto, distingue entre crónica e historiografía. Una es la enumeración indiferente y anecdótica de los acontecimientos ocurridos; la otra examina los materiales acarreados por el cronista, elige los adecuados, los elabora y les da sentido, porque no todos los sucesos acaecidos son históricos. Sólo son tales aquellos a los que se le atribuye una influencia apreciable en la escuela del proceso evolutivo.

Korn, a semejanza de Groussac, aunque desde un horizonte filosófico diferente, de carácter kantiano, afirma que en la historiografía sólo hay exactitud en el conocimiento de los datos o de las fechas, que son elementos constantes. La jerarquía y el nexo mutuo de estos datos queda librado a la sagacidad personal del historiador. Hay en la tarea de éste una dimensión irremediamente subjetiva. "Pedirle al historiador imparcialidad es una exigencia insólita; ya es mucho cuando es sincero. Se le ha de exigir talento y una visión amplia y si acaso la capacidad creadora del artista"²⁵.

Hay diferencias decisivas entre la ciencia estricta y la historiografía. Se pueden concentrar en las que siguen: 1) La ciencia estricta se ocupa de lo general; la historiografía de lo particular; 2) Los hechos históricos son irrepetibles; en cambio los de la naturaleza se reproducen o se repiten; 3) Son imprevisibles y por eso el saber histórico no puede prever el futuro, a diferencia de las ciencias naturales, la historiografía estudia al hombre en todos los aspectos de su compleja actividad y por eso es el tratado de psicología más amplio y perfecto que poseemos. La historiografía enseña que la personalidad humana no es un valor despreciable; 4) Los acontecimientos se presentan trabados entre sí y se vislumbra en ellos la sombra de un orden superior, aunque, agrega Korn, sombra escurridiza e inasible; 5) hay continuidad coherente de un episodio de una época, que ha hecho pensar en la existencia de la ley histórica; 6) todos los intentos de elaborar filosofías de la historia han fracasado o son muy deficientes; 7) los sucesos históricos son poliédricos en sus ingredientes materiales y motivos ideales, un dualismo detrás del cual quizá se oculta una posible síntesis; 8) ¿cuál de los factores ha de prevalecer? Es indiferente; siempre existen los aspectos materiales y los ideales. Los primeros son objetivos y los otros subjetivos.

La indagación que realiza Korn de las *Influencias filosóficas en la evolución nacional* está orientada por los criterios enunciados recién. Queda puntualizada la estructura general de la obra. Por lo que hace a su contenido hay que decir que se mueve siempre en el plano de las influencias filosóficas del pensamiento europeo en el desarrollo del pensamiento y la historia argentina. En este sentido el libro de Korn ha ejercido una influencia poderosa en las investigaciones posteriores, que también se han orientado en la búsqueda de esas influencias, pero sin ahondar en los aspectos originales y propios de los autores tratados. El mismo Korn reduce la originalidad a la selección de las ideas filosóficas europeas y a su aplicación a la realidad argentina²⁶.

Con el enfoque anotado estudia la influencia de la escolástica en el período colonial. Elogia en la escolástica aquellos aspectos que arraigan en la vida del hombre, en el espíritu humano; pero también señala a las fallas, sobre todo en cierta ojeriza o ceguera hacia el desarrollo de la ciencia moderna. Su estudio comprende no sólo el aspecto filosófico, sino muchos otros, cuales son la legislación, la economía, la situación del indígena, la acción educadora de los jesuitas, la enseñanza filosófica en la Universidad de Córdoba, el tomismo y la Contrarreforma y termina con un breve y no profundo análisis de la decadencia de estas ideas y el desarrollo de las ideas y fuerzas del Renacimiento. Más que un capítulo de historia de las ideas filosóficas, con verificación de las fuentes europeas y americanas, impresiona este estudio como estudio de historia de la cultura, en lo cual no deja de repercutir el enfoque general y la índole del tema de las influencias, según queda dicho.

Siempre dentro del carácter de estudios de influencias, Korn traza un cuadro veraz de las corrientes del pensamiento filosófico a partir del Renacimiento y la época moderna en Europa. El empirismo inglés (Bacon, Locke, su liberalismo, Hume), su repercusión en el continente, la ilustración en Francia (Montesquieu, Voltaire, D'Alembert), la filosofía de Condillac y de Rousseau. Investiga la penetración de la influencia de este último en el río de la Plata, sobre todo en Mariano Moreno. Considera decisivo ese influjo en el proceso de la Revolución de Mayo. Contra los testimonios de las *Memorias* de Saavedra y Belgrano afirma que ese acontecimiento tuvo una larga preparación ideológica. Estima escasa la influencia de la enseñanza del Colegio de San Carlos y juzga la calidad de la misma a través de los testimonios de Manuel Moreno y de Juan María Gutiérrez. En el caso de la Universidad de Córdoba se atiene a lo que dice el dean Gregorio Funes en su *Plan de estudios para la Universidad mayor de Córdoba* (1813). No hay un manejo de fuentes documentales (tesis, cursos de profesores, apuntes de clases) directas ni un estudio crítico interno de las ideas filosóficas durante el período mencionado en el Río de La Plata. Inclina sus simpatías personales por uno de los términos de las corrientes de pensamiento, sin tener en cuenta la conjunción dinámica del pasado filosófico y la innovación de los tiempos modernos.

El romanticismo estudiado por Korn desde un punto de vista general. Buena parte de las páginas que llevan ese nombre están dedicadas al movimiento de la ideología en el Colegio de la Unión del Sud (1818), en el de Ciencias Morales (1823), en el Departamento

Preparatorio de la Universidad de Buenos Aires, donde comienza la enseñanza filosófica en 1822. Pasan por estas páginas la enseñanza de Crisóstomo Lafinur, Juan Manuel Fernández de Agüero y Diego Alcorta. Considera el sentido de la reforma eclesiástica. Sólo en las últimas páginas de este ensayo estudia las influencias del romanticismo en la Argentina.

La última parte de las *Influencias filosóficas en la evolución nacional* examina la penetración y desarrollo del positivismo en el país. Traza los caracteres del positivismo europeo a través de las figuras representativas de Comte, Spencer, Darwin y Marx. En un segundo momento esta tendencia está representada en Francia por Hipólito Taine, Ernesto Renán y hacia comienzos del siglo XX por Le Dantec. A ello se suman los representantes del positivismo italiano: Merselli, Ferri, Lombroso. Tres generaciones argentinas estuvieron, según Korn, bajo las influencias de la filosofía positiva. Considera que los proscriptos, cuando retornan después de Caseros, significan un positivismo en acción. Allí sitúa a Alberdi, Sarmiento y Mitre. Habría existido un positivismo infuso, "avant la lettre", antes del positivismo doctrinario. Esta interpretación ha sido refutada por Coriolano Alberini, Raúl Orgaz y Luis Juan Guerrero entre otros. La segunda generación es la de 1880 donde sitúa a Groussac. En lo político a Roca. Y la tercera está integrada por los hombres que egresan de las universidades de Buenos Aires y Córdoba en torno al año 1882. La generación que nosotros llamamos de 1896. Allí está José Nicolás Matienzo, Agustín García, Rodolfo Ricarola, Norberto y Horacio Piñero, Ernesto Quesada, Joaquín V. González y tantos más. Otro sector lo constituyen los normalistas de Paraná: José María Tornes, Pedro Scalabrini, Víctor Mercante, Alfredo Ferreyra, Alejandro Carbó, Rodolfo Senet. El autor estima que la influencia del espiritualismo ecléctico ha sido escasa y de poca significación.

Con el ensayo *Filosofía argentina* los estudios que Korn ha dedicado al desarrollo del pensamiento filosófico argentino abarcan desde la escolástica hasta 1925. Significaron en su momento un hito adelante con respecto a lo que se había hecho antes, particularmente por el enfoque filosófico, pero siempre dentro de una visión compendiosa, que atiende principalmente a las influencias, sin estudio directo y analítico de las fuentes del pasado intelectual argentino.

9. BELISARIO MONTERO

Belisario Montero (1857-1929), que tuvo extensa actuación en el cuerpo diplomático argentino, escribió algunos estudios de interés para la historia de las ideas filosóficas del país. Aludimos a su ensayo *Un filósofo colonial*²⁷ y a su libro *Conversaciones sobre filosofía y arte*²⁸. En uno investiga la influencia del Real Colegio carolino, fundado por el gobernador Vértiz en Buenos Aires en 1773, exhuma del olvido el nombre y la obra del Dr. Carlos José Montero, primer profesor de filosofía en el mencionado Colegio de San Carlos y cancelario de los reales estudios durante el último cuarto del siglo XVIII. En el otro trabajo dedica un capítulo a la indagación del pensamiento filosófico del Dr. Victoriano de la Plaza, profesor de filosofía en el Colegio Nacional de Buenos Aires, después de la desaparición de Amadeo Jacques en 1865.

Un filósofo colonial fue publicado en los "Anales de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales" de Buenos Aires en 1915²⁹ y constituye una importante contribución para la historiografía de la filosofía en la Argentina. Hasta la aparición de este trabajo histórico la calidad y la orientación filosófica de la enseñanza del Colegio de San Carlos eran consideradas atrasadas y superficiales, basadas en el cultivo de una escolástica decadente que cultivaba la memoria y el verbalismo. El mismo Juan María Gutiérrez, que había estudiado los orígenes y desarrollo de aquel colegio, juzgaba aquel aspecto a través de la *Vida de Mariano Moreno*, escrita por su hermano Manuel, donde se habla peyorativamente de aquella enseñanza. Si bien es cierto que en una posterior edición realizada en Londres, su autor suprimió aquella página, los historiadores la siguieron transcribiendo y haciendo de ella el testimonio fidedigno de la verdad histórica. El autor de *Un filósofo colonial*, se apoya en una amplia documentación rastreada en el Archivo General de la Nación, en la biblioteca del Congreso de la Nación, en el Museo Mitre y en el archivo de la Junta de Numismática, para mostrar el desarrollo del Colegio carolino, y su enseñanza. "El Real Colegio carolino, por el contrario, dice el autor, fue en su tiempo un exponente de civilización moral y de alta didáctica, lo que será fácil demostrar comparando su enseñanza con la de las universidades de la época"³⁰.

Por cierto, que si la calidad y el nivel de la enseñanza eran los que relata Manuel Moreno, la influencia del Colegio de San Carlos en los hombres que intervinieron en la Revolución de Mayo

habría sido escasa. También en esto Belisario Montero se aparta de lo asentado en la historiografía de su tiempo. La mayor parte de los precursores y de los realizadores de la Revolución de Mayo, así como del clero de la revolución argentina, fueron profesores en aquel Colegio o pasaron por él como alumnos de los cursos de filosofía y de teología. Ellos son los verdaderos padres y sólo la militarización de nuestra historia ha conducido a su olvido y desconocimiento.

Para llegar a estas conclusiones rectificadoras, el autor de *Un filósofo colonial* indaga el desarrollo de la educación en la época colonial durante los siglos XVII y XVIII. Como todos los aspectos de la realidad histórica se encuentran interrelacionados, reconstruye la vida colonial en general: sus usos y costumbres, su economía, su sociabilidad, el papel del clero, el desarrollo de la educación. Este último aspecto lo estudia a partir del establecimiento de las primeras escuelas elementales (1601), la llegada de los jesuitas, la labor educativa de éstos desde 1617 hasta su expulsión en 1767. Registra los intentos posteriores de fundar una universidad en Buenos Aires, la actitud antijesuita del clero secular, la fundación del Real Colegio de San Carlos, que el autor sitúa cronológicamente en 1773, en lugar del año 1783, que es la fecha en que el gobernador Vértiz (Virrey en 1778) le dio constituciones y estatutos análogos a los que estaban en vigencia en el colegio de Monserrat, fundado en Córdoba en 1685. Indaga la enseñanza de la filosofía en las universidades de España y de Indias, su contenido, los libros de textos, la disciplina escolar, los usos y ceremonias y los compara con los que tenían lugar en el Colegio de San Carlos. Sostiene que las ideas de la generación de Mayo provienen exclusivamente de la enseñanza que recibieron sus hombres en aquel colegio "sin tener que recurrir a los enciclopedistas y demás filósofos franceses"³⁰.

Dentro del marco del Colegio de San Carlos el autor estudia la actuación docente del Dr. Carlos José Montero, quien comenzó sus cursos oficiales de filosofía el 24 de febrero de 1773. Se dilataron hasta 1776, en que el mismo gobernador Vértiz y la Junta de terminalidades le concedieron la cátedra de teología. En 1787 se recibía del cargo de cancelario de los reales estudios. Así hasta su muerte ocurrida en 1806. Había nacido en Buenos Aires en 1743. Su biógrafo trata también de la enseñanza filosófica del Dr. Montero. Para ello se documenta en el curso de filosofía traducido por Juan Chiabra y que figura en su obra *La enseñanza de la filosofía en la época colonial*. Este curso, según una nota suscripta debajo del título original

por Julián Gregorio Espinoza, del que fuera Rector y Superior el Dr. Luis J. Chorroarín, pertenece a la enseñanza de este último en el Colegio de San Carlos. Belisario Montero afirma como muy probable que perteneciera al Dr. Carlos José Montero³¹. Por eso recurre a esas fuentes para caracterizar la enseñanza de este último. Su monografía trae, además, la lista completa de los alumnos que pasaron por el Colegio desde 1773 hasta 1805, entre los que figuran los hombres de la Revolución de Mayo y de acontecimientos históricos posteriores. Por último, se ocupa documentadamente de los principales hitos biográficos del primer profesor de filosofía del Colegio carolino.

En *Conversaciones sobre filosofía y arte*, Belisario Montero estudia las ideas filosóficas del Dr. Victorino de la Plaza. En su enseñanza en el Colegio Nacional de Buenos Aires, a partir de 1870, prolongó la misma corriente del espiritualismo eclesiástico que había explicado Amadeo Jacques. Esa dirección filosófica trataba de combinar la filosofía de los escoceses, la de William Hamilton sobre todo, que rechazaba la metafísica, con la filosofía del romanticismo alemán, fundamentalmente metafísica en un Schelling y en un Hegel. Víctor Cousin era el corifeo máximo de la escuela, con su *Cours de Philosophie* de 1836, de influencia en el pensamiento filosófico argentino. El texto usado por los alumnos del Dr. de La Plaza era el *Manuel de Philosophie*, escrito por Amadeo Jacques, Julio Simón y Emilio Saisset, todos discípulos de Cousin. Aún no había aparecido la edición castellana, que data de 1877: la primera edición francesa es de 1845. Por lo que atañe a su filosofía propia, el Dr. de La Plaza sostenía un panteísmo espiritualista, influido por Spinoza, Goethe y Shelley. Acaso también por el krausismo.

Los trabajos de Belisario Montero tienen el valor de haber sido elaborados con la consulta de las fuentes documentales. Son trabajos de primera mano. En cuanto a sus criterios historiográficos son acertados como orientación general: no desvinculan los distintos aspectos de la realidad histórica y no juzgan el pasado por el presente o viceversa. Pero hay que puntualizar que no siempre el autor se ajusta a estas recomendaciones. A veces se vuelve difluente y se desparrama por todas partes. Contraponen a destiempo la enseñanza de Carlos Rodríguez Echaz y de José Ingenieros con la de los antiguos profesores del Colegio de San Carlos. Se vuelve unilateral cuando atribuye exclusivamente a la influencia de la enseñanza del mencionado Colegio el contenido filosófico de la Revolución de Mayo.

10. CORIOLANO ALBERINI

Coriolano Alberini (1886-1960) conocía a lo hondo los problemas que plantea la realidad histórica y la historiografía, tales como el de la continuidad y la libertad, la múltiple etiología de las fuerzas históricas, el suceso histórico y su significación, lo personal y lo impersonal en la historia y otras dificultades semejantes, que tiene que resolver de uno u otro modo el historiador. Tenía sus propios puntos de vista filosóficos frente a las dificultades del conocimiento historiográfico: la conceptualización abstracta, la simplificación, el exceso de racionalidad, la importancia del documento, el valor del testimonio.

Para la auscultación de las fuerzas históricas Alberini pensaba que las ideas sirven de audifonos y detectores. Las ideas constituyen la autoconciencia del proceso histórico. Cuando ellas se petrifican y se vuelven pragmáticas, ganan en eficiencia lo que pierden en vitalidad y amplitud. Las fuerzas históricas se transforman en ideas e ideales, en pensamiento y conciencia iluminadora, que actúan como de rebote sobre la realidad que alumbran como si fuesen una lámpara. Hay lámparas que no sólo iluminan la realidad, sino que se iluminan a sí mismas. Son las ideas filosóficas. A veces la luz se convierte en incendio y hace estallar la misma realidad que la produce. El ímpetu inorgánico y hasta inconsciente se erige, a fuerza de pensar, en conciencia histórica. La velocidad adquirida por el curso histórico hace que la conciencia política la ilumine y adquiera conocimiento de la posibilidad de nuevas realizaciones, algo así como si el mármol se transformara en estatua.

El pensamiento filosófico formaba para Alberini la tercera dimensión de la cultura nacional. Todo pueblo tiene un fondo axiológico colectivo que se ha formado históricamente. La filosofía vuelve autoconsciente ese contenido de preferencias y estimaciones valorativas más o menos inconscientes. El papel de la filosofía consiste en tomar conciencia de esas valoraciones empíricas, estudiarlas, depurarlas y trocarlas en universales, convirtiéndolas en valores puros e ideales.

La historia del pensamiento filosófico argentino tiene como tema, según nuestro autor, el estudio de las concepciones del mundo, los estilos de vida y comportamientos, y las corrientes filosóficas con que han vivido, pensado y actuado los argentinos. Las primeras son interpretaciones globales, creencias dinámicas, que poseen valor práctico, sin que estén dominadas filosóficamente por dentro. Son es-

casas en conciencia de problemas y en espíritu crítico. Libres en los medios, no lo son en los fines. Por eso los hombres que se mueven predominantemente desde concepciones del mundo parecen autómatas espirituales.

El análisis de las concepciones del mundo tiene que abarcar el aspecto cuantitativo y el cualitativo. Hay que distinguir los elementos e ingredientes que intervienen en aquéllas. En la reconstrucción histórico-filosófica de las mismas ocurre un poco como en las comidas de un buen "cordon bleu". Si resulta difícil la síntesis de los elementos sensoriales, ¡qué no será cuando se trata de realidades espirituales! Sobre todo de las filosóficas con un fuerte acento práctico. Pero el estudio de las concepciones del mundo hay que realizarlo así, si se quiere comprenderlas.

Las corrientes filosóficas se caracterizan, por su parte, por una clara dosis de racionalidad y universalidad. En lo que poseen de contenido axiológico muestran las preferencias y estimaciones de los pueblos y naciones. De allí el acento nacional de la filosofía. Si la filosofía por su universalidad no tiene patria, la tienen los filósofos.

Si existe un espíritu argentino, que lo hay, y si se manifiesta en las distintas actividades materiales y culturales, cabe pensar razonablemente en la existencia de la filosofía argentina. Alberini recordaba en este sentido algunas palabras de Alberdi en su discurso de apertura del Salón Literario: "Ya es tiempo de interrogar a la filosofía la senda que la Nación Argentina tiene designada para caminar al fin de la humanidad". Y con buen criterio asentaba Alberini que no se puede hacer historia del pensamiento filosófico argentino, si sólo se tiende a lo genérico y común de las corrientes de las ideas, a la coincidencia e identificación de las mismas con las europeas, con olvido, de lo diferente y propio. O si se prefiere, hay que compararlas, para diferenciar a fondo.

Alberini ha dejado varios trabajos sobre el desarrollo de las ideas filosóficas en la Argentina. Entre ellos hay que recordar: *La pensée française dans la culture argentine* (1926), *La filosofía y las relaciones internacionales* (1926), *Contemporary philosophy tendencies in South America* (1927), *Die Deutsche Philosophie in Argentinien* (1930), *La metafísica de Alberdi* (1934), *La idea de progreso en la filosofía argentina* (1943), *Orígenes de la educación filosófica argentina* (1949), *Génesis y evolución del pensamiento filosófico argentino* (1953). Estos trabajos han sido reunidos en volumen, con el nombre *Problemas de la*

historia de las ideas filosóficas en la Argentina (1966), y publicado por la Universidad Nacional de La Plata³¹.

Alberini no se propuso escribir estudios extensos, sino sustantivos y sintéticos. No era amigo de distribuir, como él mismo decía, sus "productos intelectuales" con una didáctica fácil. Rechazaba el trabajo filosófico hecho en base de fichas acéfalas. Dentro del cañamazo de la historia general de la Argentina tejía los hilos del pensamiento filosófico. Sus escritos se caracterizan por su erudicción y carácter crítico. Se puede decir que es el primer ensayo de una historiografía interna y crítica de las ideas filosóficas argentinas. Los que le precedieron hicieron una historiografía externa, a veces por falta de métodos apropiados y del sentido de los matices, otras porque superponían etapas del desarrollo de las ideas en el país. Es lástima que no se diera tiempo para desarrollar por extenso los resultados que alcanzó en sus indagaciones, aunque hay que convenir que sus puntos de vista influyeron en trabajos particulares de otros investigadores, tal como ocurre con algunos estudios de Jorge Zamudio Silva, Luis Juan Guerrero, Abel Chaneton, Raúl Orgaz, Américo Castro y Carlos Cossio.

Buena parte de los trabajos que Alberini ha dedicado al desarrollo del espíritu filosófico argentino fueron escritos para rectificar errores que se decía afuera y dentro del país, por escritores que no conocían historia de las ideas.

Encontramos en ellos definidas las etapas de aquel desarrollo, que en otros autores aparecían superpuestas o confundidas. Esas etapas, que coinciden con los grandes períodos de la historia general de la Argentina, son los siguientes: la escolástica, que caracteriza como elemental y fría, salvo en Luis Chorroarín, que corresponde a la época colonial; la ilustración, que penetra en Buenos Aires con Manuel Belgrano, y que en general fue la filosofía de la emancipación, especialmente en la parte política; el romanticismo historicista, que fue la filosofía de la organización nacional; el positivismo, que coincide con el gran progreso vegetativo del país, sin que se pueda establecer una relación de causa a efecto entre las ideas filosóficas y la vida económica; la reacción contra el positivismo, que se produce hacia 1910 y que está signada por las tendencias idealistas en filosofía; y finalmente la actualidad de Alberini.

Caracteriza la historia de las ideas filosóficas durante el siglo XIX en la Argentina por su sentido pragmático. Las exigencias perentorias de la emancipación y de la organización del país, primero, y más tarde de su crecimiento y desarrollo en todos los aspectos concretos de la

vida, hicieron que no se cultivaran las ideas por las ideas mismas, sino por su eficacia y aplicación a la realidad del país. Más que de filosofía en estricto sentido, se trata de concepciones del mundo o sistemas de creencias. La cultura filosófica es erudicción, crítica y creación. A partir de 1910 se ha ido acentuando cada vez más el primer carácter y algo hay del segundo. Se ha ganado mucho en información y en espíritu crítico. Despierta el carácter inventivo o creativo de la filosofía argentina.

El fondo último de algunos de sus trabajos, que estudian preferentemente la generación de 1837 y la del 80, es que los Constituyentes no fueron positivistas ni socialistas "avant la lettre", como sostuvieron Groussac, Ingenieros y Korn, sino hombres formados en el historicismo romántico y en la filosofía política de un liberalismo amplio, generoso y tolerante. La filosofía argentina surgió de la necesidad de justificar la independencia política y la organización y el desarrollo del país. Nació como filosofía política como resultado de las exigencias históricas de la época. No hay en ello nada de espúreo, es una toma de conciencia de las exigencias de cada época y de las condiciones y posibilidades que permiten resolver sus problemas.

11. GUILLERMO FURLONG

Guillermo Furlong (1889) ha dedicado larga atención a la historia de la cultura argentina durante el período pre-independiente. Son numerosos los trabajos de investigación donde rastrean la vida y la obra de naturalistas, artesanos, arquitectos, músicos, matemáticos, pintores, imagineros de aquella época. Los resultados de esos estudios monográficos los ha reunido su autor, con visión de conjunto, y desde una perspectiva historiográfica y social, en su obra *Historia de la cultura argentina*. De entre los numerosos trabajos de Furlong, su libro *Nacimiento y desarrollo de la filosofía en el Río de la Plata* (1952), tiene un interés especial dentro de la historiografía del pensamiento filosófico argentino. Su publicación ha significado un hito en esta clase de estudios.

Parece aconsejable aludir primero a la estructura de *Nacimiento y desarrollo de la filosofía en el Río de la Plata*. Comprende tres divisiones y un apéndice. La primera parte se refiere al desarrollo de la filosofía escolástica en esta parte de América, que el autor extiende desde el año 1536 hasta 1773. En el estudio de su tema, traza los lineamientos de la filosofía española durante los siglos XVI, XVII y XVIII y su prolongación en la América hispana. Todo ello como marco o encuadre

para la indagación de las primeras manifestaciones filosóficas en el Río de la Plata (1536 - 1613); las cátedras y los textos de filosofía en la Universidad de Córdoba (1623 - 1700), la enseñanza de la filosofía en esta Universidad durante los siglos XVII y XVIII, los pensadores independientes del siglo XVII, las cátedras de filosofía en la Universidad de Córdoba durante ese medio siglo, las últimas manifestaciones jesuíticas de la filosofía en la Universidad de Córdoba y la penetración y desarrollo de la filosofía de Francisco Suárez en el Río de la Plata.

En la segunda parte de su libro, estudia Furlong la enseñanza de los franciscanos desde 1767 hasta 1807, sus representantes en Córdoba, Buenos Aires, Asunción, Salta, Montevideo. Indaga la enseñanza de los franciscanos, el escotismo y la penetración del pensamiento moderno. Se ocupa del cartesianismo y sus representantes; y de la enseñanza de la física moderna. Trata también de la tarea educativa y filosófica de los mercedarios y los dominicos (1594 - 1810). Las cátedras públicas de filosofía en Buenos Aires (1586 - 1810). El Colegio de San Carlos y la enseñanza de la filosofía. Los profesores. Las cátedras de filosofía en Asunción, Mendoza, Salta y Montevideo. Los filósofos eclécticos del Colegio de San Carlos.

La última parte de *Nacimiento y desarrollo de la filosofía en el Río de la Plata* comprende la indagación de la enseñanza de la ciencia física a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, la penetración y desarrollo de la ciencia moderna, de la filosofía de las luces, el enciclopedismo y el antienciclopedismo, los representantes del racionalismo empírico (1780 - 1810) y sus representantes en Buenos Aires. La doctrina del Pacto Político de Francisco Suárez y su influencia en la Revolución de Mayo. Y un apéndice a esta tercera parte de la obra.

La información histórica de Furlong es extraordinaria y difícilmente superable en el estudio de los distintos aspectos culturales del período pre-independiente, y por lo que aquí interesa, del desarrollo del pensamiento filosófico. Enrique Martínez Paz y Raúl Orgaz, autores de *Una tesis de filosofía en la Universidad de Córdoba del siglo XVII y de La Filosofía en la Universidad de Córdoba a fines del siglo XVIII*, respectivamente, habían señalado que las dificultades y problemas que plantea la enseñanza, el contenido, el método y la influencia de la enseñanza, filosófica de la Universidad de Córdoba en la época colonial sólo podía ser aclarada con la aportación posible de documentación. A la tarea realizada en ese sentido por todos los investigadores que hemos considerado hasta aquí, sumó la suya Furlong. Esta es de carácter realmente excepcional por la cantidad de códices y documentos consultados

en numerosos archivos oficiales y privados del país y el exterior. Todo ello habla de la seriedad de su tarea historiográfica.

Mérito de la obra aludida de Furlong es, como se desprende de lo ya dicho, su carácter abarcador, pues estudia las manifestaciones filosóficas del pensamiento escolástico en el Río de La Plata, desde 1536 hasta las postrimerías del siglo XVIII. Examina la obra de educación filosófica realizada por los jesuitas, los dominicos, los franciscanos, y los mercedarios, el contenido de su enseñanza, sus métodos, sus maestros y profesores, sus textos, la penetración del cartesianismo, el eclecticismo, el cultivo de la ciencia moderna, especialmente de la física de Galileo, Grassendi, Newton, Huighens, Copérnico. Este mismo criterio abarcador lo extiende al estudio de los pensadores de la Revolución de Mayo, entre los cuales estudia no sólo a las figuras máximas (Saavedra, Belgrano, Castelli, Funes, Moreno, Gorriti, Castro Barros, Cayetano Rodríguez) y los que considera "sidera minora" (Monteagudo, grelo, Moldes, Vera y Pintado, Del Corro y otros).

Por cierto pone el acento en la importancia de la tarea filosófica realizada por los jesuitas en las Universidades de Córdoba y Charcas, y en sus colegios de Buenos Aires, Salta, Mendoza, además de otros como los de Montevideo y Asunción. Defiende una tesis central: la influencia decisiva del "pacto político" de Suárez en el curso de la Revolución Argentina y de sus hombres representativos. Esta tesis, discutida por otros historiadores, que documentan la presencia de las doctrinas de los juristas españoles (Marfany, Zorrocaquín Becú, Gandía y algunos más) o de la filosofía política de Locke, Rousseau, Montesquieu, le lleva a interpretar como exclusivamente escolástica la formación de los hombres que intervienen decisivamente en los acontecimientos de Mayo y a atenuar y rebajar la significación y la participación de las ideas modernas. Lo que Furlong afirma con respeto a hombres como Saavedra, Gorriti, Castañeda, Castro Barros, Cayetano Rodríguez, no lo es para otros, tales como Belgrano, Castelli, Moreno

Al margen de los esclarecimientos que puedan traer nuevos documentos, la obra de Furlong es perfectible desde el punto de vista de los criterios y métodos, si se piensa en el estado actual de las exigencias para tareas de esta naturaleza. La obra a que aludimos, tan abundante en datos e información, podría estar animada de un mayor impulso de desarrollo siguiendo el curso histórico general. *Nacimiento y desarrollo de la filosofía en el Río de la Plata* impresiona de momento como un conjunto de monografías independientes, bloques estáticos de un gran edificio. Falta el movimiento interno de las ideas filosóficas en

relación con el movimiento general de la historia de la filosofía. No se asiste al cambio o transformación histórica del pensamiento filosófico.

Por momentos interpreta el curso histórico con la categoría de la evolución, propia de la naturaleza y de las ciencias que la estudian. Esta confusión lleva al autor a ver la Revolución de Mayo, no como tal, esto es en lo que trae de nuevo y diverso con respecto a la situación histórica de 1810, sino como resultado de un proceso evolutivo cuyos orígenes se encuentran en la colonización española. El autor parece no advertir que en la naturaleza lo semejante produce lo semejante, mientras que en la realidad histórica produce la novedad, lo distinto, lo nuevo. Si se considera el curso histórico a través de la categoría de evolución lo nuevo aparece de algún modo envuelto e implicado en el pasado. Esta confusión conduce al autor a decir: "La llamada "revolución" de Mayo no fue sino el final de una evolución, y ésta se inició al principio de la colonización hispana y se desarrolló, sin prisas y sin pausas, por espacio de dos largas centurias. Esta realidad nos parece de una lógica irrefutable" ³². Pierde de vista Furlong que los hombres de Mayo, con su pensamiento y su acción modificaron y cambiaron la situación histórica de hecho, cuando establecieron un gobierno propio, un gobierno de americanos, del que estaban excluidos los españoles, aunque no proclamaron la Independencia exterior, que sí harán en el Congreso de Tucumán de 1816, dando término al proceso de cambio iniciado con la Revolución de Mayo. Son dos acontecimientos de un mismo proceso histórico. Lo revolucionario está en el regreso de la potestad civil al pueblo y en la formación de una junta de americanos, de "hijos del país o criollos", como se llamaban a sí mismos, para el gobierno de los asuntos internos del Virreynato.

Nacimiento y desarrollo de la filosofía en el Río de la Plata es una obra escrita por un historiador de la cultura, pero no de la filosofía, lo cual hace que su lenguaje no siempre atina con el rigor y la precisión filosófica y se desliza hacia formas orales, en las que expresa valoraciones personales no exentas de ciertos escapes polémicos.

En suma: el volumen de Furlong es lo más importante que se ha escrito acerca de la educación filosófica en el período pre-independiente de la historia argentina y quienes pretendan superar su obra habrán de volver a sus ricas fuentes documentales para tejer, en el cañamazo de su historiografía a veces externa, los hilos de la historiografía crítica de la filosofía argentina.

12. JUAN CARLOS PROBST

Tuvo Juan Carlos Probst (1892-1969) una dilatada actuación en la docencia y la investigación de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, en la cual se vinculó desde su juventud a los estudios historiográficos. Su tesis doctoral, que data de 1922, versó sobre *La educación en la época colonial*. Fue miembro adscripto honorario del Instituto de Investigaciones Históricas de la mencionada Facultad (1922-1955). Con los años sus intereses intelectuales se orientaron hacia las letras germánicas. Llegó así a ser profesor titular de la cátedra de Literatura septentrional de dicha casa de estudios (1947-1955) y director del Instituto de Literatura Anglo-germánica (1937-1955). Como manifestación de sus investigaciones historiográficas, ha dejado algunas obras seriamente elaboradas. Aludimos a *La educación en la República Argentina durante la época colonial. Introducción al tomo XVIII de Documentos para la Historia Argentina*, del Instituto de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Letras (1924); La enseñanza primaria desde sus orígenes hasta 1810 en la *Historia de la Nación Argentina* (1938, IV); *La instrucción primaria durante la dominación española en el territorio que forma actualmente la República Argentina* (1940); *Juan Baltasar Maziel, el maestro de la generación de Mayo* (1946).

Interesa a la búsqueda de los antecedentes de la historia del pensamiento filosófico argentino, la última de las obras mencionadas. Esta preferencia se funda en el hecho de que Juan Baltazar Maziel fue durante el siglo XVIII, en cuyo prisma histórico creció, se formó y actuó, una de las figuras que mejor representan las postrimerías del dominio español en el Río de la Plata. Su personalidad es una síntesis de las grandes corrientes de ideas que vivían el curso histórico de entonces. Por lo demás fue cancelario y regente de los Reales Estudios en Buenos Aires, desde 1773, y en el Real Convictorio de San Carlos, a partir de 1783. Si bien no alcanzó a ver realizado su proyecto de fundar una universidad en Buenos Aires, trabajó afanosamente en el empeño y con el gobernador y después virrey Vértiz pusieron las bases y las primeras realidades de lo que pudo ser aquella Universidad.

La contribución de Probst al estudio de Juan Baltazar Maciel es decisiva. Su libro está ampliamente documentado en fuentes primeras, estudiadas en archivos nacionales, eclesiásticos y particulares de la Argentina y el Uruguay. Su enfoque es estrictamente historiográfico y su estilo, dentro de su concisión y sobriedad, muestra una cuidada expresión literaria. Los criterios del autor, tienden a presentar los siguientes

lineamientos biográficos generales: 1) La vinculación del personaje histórico con las condiciones naturales e históricas del mundo americano en que se desarrolló su vida. Probst señala la importancia de esta raíz americana y criolla de Maziel, que le "hace detestar la arrogancia de los *chapetones* que pretendían perpetuar su papel de conquistadores"³³ y ve con simpatía no sólo a los americanos de origen español, sino a los mismos indígenas sometidos con frecuencia a intolerables abusos. 2) En orden de importancia siguen los elementos formativos de origen hispano y esencialmente tradicionalistas y escolásticos, opuestos al espíritu de novedad importado de allende los Pirineos. Esta formación de Maziel hacía que viese con recelo ciertas tendencias transformistas de la corte afrancesada de Carlos III. Como sacerdote que alcanzó altas funciones en el obispado y la catedral de Buenos Aires, siempre defendió los fueros eclesiásticos frente a los avances del regalismo. Para ello *estaba idóneamente preparado con su doctorado en teología* y en ambos derechos, uno obtenido en la Universidad de Córdoba y el otro en la Universidad de San Felipe. 3) Recibe Maziel influencias de la filosofía de la ilustración, en particular francesa, lo cual constituye el tercer aspecto de su personalidad en materia de ideas. Voltaire, Rousseau, Montesquieu, Hobbes y Wolff le fueron familiares. Trató de incorporar a Descartes y Newton a la enseñanza de la física del Colegio de San Carlos. Todo lo cual, considerado en conjunto, hace que haya que ubicarlo dentro del eclecticismo, posición que él mismo reconocía como suya y cuyos antecedentes hacía remontar hasta Potamón de Alejandría.

En enfoque historiográfico, Probst estudia el origen y la juventud de Maziel, la ciudad natal, Santa Fe de la Vera Cruz, hacia 1727, el hogar paterno, los antepasados, los primeros estudios en la escuela elemental del Convento de San Francisco. Prosigue el autor con la vida de Maziel en la Universidad Real y Pontificia de Córdoba, en cuyo Colegio de Nuestra Señora de Monserrat hizo sus estudios de maestro en artes (lógica, física y metafísica). Se ocupa del origen, los estudios, los actos académicos y la vida interna del referido Colegio. Orientaban la enseñanza de la filosofía Aristóteles, Santo Tomás, Francisco Suárez y autores de "summulae", como Pedro Lombardo. Maestros de filosofía de Maziel fueron el P. Gaspar Pfitzer, el P. Pedro Martínez, el P. Domingo Muriel. Este último introdujo el conocimiento de la filosofía moderna a través de Descartes, Hobbes y Wolff. Pasó después a la Universidad, donde realizó sus estudios de teología escolástica, teología moral, cánones y Escrituras Sagradas. La enseñanza se basaba en los textos de Santo Tomás, Francisco Suárez y la famosa obra de Melchor

Cano *De locis theologicis*. Después de dos años de pasantía obtuvo el título de doctor en teología en 1749.

Tras de sus estudios cordobeses, Maziel se trasladó a la Universidad de San Felipe, de Santiago de Chile, donde cumplió, durante cuatro años, sus estudios en Cánones y Leyes, con lo que obtuvo su doctorado en ambos derechos el 21 de noviembre de 1754

Probst presenta a continuación el regreso de Maziel a Santa Fe y su posterior afincamiento en Buenos Aires, donde comienza su carrera eclesiástica en 1759, como arcediano, primero del obispo José Antonio Basurco y después, en 1761, como provisor del obispado de Manuel Antonio de la Torre. Estudia los rasgos de su carácter, su versación, sus condiciones oratorias, su prestigio siempre en ascenso. En 1769 lo nombran canónigo magistral en el coro de la catedral.

Junto a la figura de Maziel, y en relación histórica con ella, pasan por las páginas de la obra de Probst gobernadores, virreyes, obispos, eclesiásticos de nota, militares, las armonías y las tensiones de las últimas décadas del siglo XVIII. Conocemos el estado de las comunidades religiosas en el Río de la Plata, la actuación de los cabildos, la actuación de los personajes de la época, sus entendimientos y choques y enredos, la vida histórica en que comienza a fraguarse la idea de la independencia americana. La acción de Maziel se prolonga durante el obispado de Sebastián Malvar (1778) y de Benito de Lue y Riega, el último obispo colonial.

De la extensa labor de Maziel, hay que destacar sus funciones como cancelario de los Reales Estudios a partir de 1773, como queda dicho, Diez años después se erige el Real Colegio carolino, en cuya gestación y organización tuvo una participación principalísima. Esta parte de la obra de Probst es del mayor interés desde el punto de vista de la historia de la educación filosófica argentina. Allí se destaca la labor de Maziel como cancelario de los Reales Estudios, sus ideas acerca de la enseñanza de la latinidad, la filosofía y la teología, la moral, el derecho canónico y el derecho civil. Los maestros de filosofía, antes de la fecha de la erección oficial del Colegio de San Carlos en 1783, y a contar de 1772, fueron el doctor Carlos José Montero y como pasante el doctor Antonio Basilio Rogríguez de Vida. Los reglamentos y estatutos fueron elaborados por Maziel, a quien se nombró en 1773 cancelario y regente de los mencionados Estudios Reales. Durante catorce años estuvo en esas funciones, hasta 1787.

Probst se ocupa del carácter de la enseñanza de la lógica, la física y la metafísica, de los textos usados, de la segunda cátedra de filosofía

que se encomendó al doctor Vicente Jaunzarás y a su hermano Mariano como pasante, del proyecto de Vértiz y de Maziel de fundar una universidad en Buenos Aires, de las cátedras de teología escolástica y moral que se crearon, de sus alumnos, que con el andar del tiempo actuarán en la Revolución de Mayo. Con la fundación del colegio convictorio carolino en 1783, Vértiz nombró al doctor Vicente de Jaunzarás como primer rector de este Real Colegio Convictorio Carolino. Después de Montero y Jaunzarás enseñaron filosofía García Posse y Rivarola, nombrados directamente por Vértiz a propuesta de la Junta Provincial. En cambio, los titulares de las cátedras de 1781 y 1783, Juan José Passo y Luis Chorrorarín ganaron las suyas por oposición. El nivel alcanzado por los estudios filosóficos y teológicos hizo que en 1784 se gestionaran las equivalencias entre esos estudios y los de la Universidad de Córdoba, sin éxito favorable. Casi toda la generación de Mayo pasó por las aulas del Colegio de San Carlos (Saavedra, Vieytes, Castelli, Belgrano, Moreno, Rivadavia, López, Donago), lo cual hace que Probst considere a Maziel como el maestro de la generación de Mayo.

El arribo del virrey Nicolás del Campo, marqués de Loreto, en reemplazo de Vértiz en 1784, inicia una época de infortunio para el canónigo magistral Juan Baltazar Maziel, que termina con su destierro a Montevideo y su muerte el 2 de enero de 1888. Estos trances extremos de la vida de este sacerdote ilustre ocupan los últimos capítulos de la obra de Probst, que incluye su reivindicación por las mismas autoridades españolas que desaprobaban enteramente los abusos y arbitrariedades de poder del Virrey Loreto. En estas páginas del libro del autor sitúa a Maziel en el Montevideo de la época, con su vida religiosa, social y epocal.

Juan Baltazar Maziel, el maestro de la generación de Mayo es una evocación del personaje y de la situación histórica en que le tocó actuar, la segunda mitad del siglo XVIII, tan llena de tensiones de toda clase, en que se relajaban la trama del poder colonial y las relaciones de la convivencia social, política, económica y hasta religiosa. Otros acontecimientos estaban llegando a la realidad histórica en el Río de la Plata, por obra de hombres como Vértiz, Maziel y Chorroarín que estaban animados por ese impulso que lleva a las gentes de iniciativa y coraje históricos a querer transformar y cambiar la situación histórica que han heredado. Sin duda, no alcanzaron a realizar todo lo que pretendieron, pero transmitieron a la generación de Mayo el germen de sus aspiraciones innovadoras.

Sólo una observación al subtítulo de la obra de Probst tenemos que hacer. Si bien Maziel tuvo y representó en sus treinta años de intensa actuación un papel preponderante en Buenos Aires, no cabe atribuirle de un modo exclusivo el calificativo de "el maestro de la generación de Mayo". Nunca el curso de la historia pasa por el pecho de un único hombre, supuesto que la realidad histórica la hacemos entre todos, cada uno a la medida de su eficacia y de su poder, sea para mantener el pragma histórico, sea para mudarlo por obra de una *práxis* histórica de renovación.

13 FRANCISCO ROMERO

Entre los esfuerzos que se han realizado para esclarecer la situación de los estudios filosóficos en la Argentina, hay que contar con el cumplido por Francisco Romero (1891-1964), importante figura contemporánea. Por cierto, no ha dejado una obra historiográfica especialmente dedicada al tema. Tiene sí artículos y notas que componen, con otros estudios acerca del pensamiento hispanoamericano, su obra *La filosofía en América* (1952). Hay que mencionar, además, otros trabajos: *Alejandro Korn* (1940), *Indicaciones sobre la marcha del pensamiento filosófico en la Argentina* (1950).

Francisco Romero se ha ocupado de los problemas que plantea la historia de la filosofía y la historia de las ideas. Frutos de esa preocupación son sus trabajos *Sobre la historia de la filosofía* (1943) y sus *Estudios de historia de las ideas* (1953), que tratan por un lado los problemas generales de la historia de la filosofía, y por el otro, el desarrollo histórico de las ideas modernas en Europa. Interesa a nuestra búsqueda las notas y artículos ya mencionados, donde su autor indaga los lineamientos del pensamiento filosófico argentino.

Estos trabajos se orientan dentro de la modalidad del ensayismo filosófico. Bien se sabe que el ensayo no pretende un examen exhaustivo del tema que estudia, sino una aproximación desde ángulos o puntos de vista inéditos u originales. No se ajusta a las exigencias de la investigación sistemática. El mismo Romero, que ha cultivado el ensayo con asiduidad y que figura entre los buenos ensayistas argentinos, señala los rasgos del ensayismo en su trabajo sobre Baldomero Sanín Cano. Entre esos rasgos figuran: 1) tiene parte de arte y parte de ciencia o de filosofía; 2) es la expresión de una individualidad espiritual; 3) predomina esta última sobre el asunto; 4) el tema es desarrollado como un momento o accidente en el vasto paisaje de la vida y la cultura; 5) el

asunto se renueva y cobra nueva vida, porque todo lo que se vincula con él, todo lo demás concurre a fertilizarlo y él, a su vez, fecunda todo lo demás; 6) el asunto o tema es puesto en función del hombre y de allí la naturaleza humanística del ensayismo.

Los sesgos mencionados los encontramos en los estudios que Francisco Romero ha dedicado al pensamiento filosófico argentino. No ha pretendido con ellos escribir una historia del asunto, sino asentar unas cuantas aproximaciones que permitieron ver las líneas fundamentales de aquel desarrollo. El propio autor manifiesta que no se atribuye a estos ensayos una significación fundamental. Se propone sí informar, incitar y orientar, designios que animan toda la obra de este autor.

Si bien Romero estima que en la época pre-independiente "no han faltado expresiones, a veces sumamente interesantes, de la preocupación filosófica", lo común es que hayan tenido sólo interés docente y no responde a una preocupación autónoma y personal. Durante buena parte del siglo XIX, hasta los años de la organización y consolidación nacional no se daban las condiciones históricas y culturales para el cultivo desinteresado de la filosofía. El autor considera que los fundadores de la filosofía en la Argentina han sido los positivistas. Da un lugar destacado a José Ingenieros. Lo cierto es que si en el período hispánico la filosofía estaba subordinada a la teología, durante el predominio de la filosofía positivista lo estuvo a las ciencias.

El positivismo es visto por Romero desde dos perspectivas: por un lado, como positivismo vivido e infuso, consustancial con la situación histórica en los promedios del siglo XIX, y por otro lado, como positivismo doctrinario. Alude a estas diferencias en estos términos: "Positivismo: un estado espiritual difuso, aunque enérgico, clima del tiempo, expresión de la conciencia social de aquella época, por un lado; por otro lado, unos cuantos sistemas o conjuntos doctrinales que fijaban en tesis explícitas esas tendencias o exigencias de la conciencia colectiva, que las traducían en ideas claras y ordenadas"³⁴. Pero estos dos aspectos no son históricamente simultáneos; el clima positivista habría aparecido con los hombres de la generación del 37 cuando regresaron del exilio y con los Constituyentes. El positivismo filosófico con la generación del 80. Esta interpretación la encontramos ya en Groussac, Ingenieros y Korn, ya ha sido objeto de corrección, según queda dicho, por parte de Coriolano Alberini, primero, y después por Luis Juan Guerrero. Romero prescinde del eclecticismo espiritualista, corriente que destiñe fuertemente en los hombres de la generación de 1866 y

aún más tarde. El kraussismo es mencionado pero no sopesado en toda su influencia en la generación de 1896.

Romero sitúa dentro del positivismo "avant la lettre", por decirlo así, a Alberdi, Sarmiento y Mitre. Entre los representantes del positivismo doctrinario registra a los comtianos, entre ellos a J. Alfredo Ferreira, Pedro Scalabrini, José María Torres, y entre los que adhieren a la filosofía de Spencer menciona a José Nicolás Matienzo, Rodolfo Rivarola al comienzo de su docencia filosófica. Naturalmente, estas dos direcciones del positivismo presentan sus caracteres propios: los comtianos negaban la metafísica, no daban lugar a la psicología, no admitían la doctrina evolucionista y en teoría de la realidad eran pluralistas. Los otros, los spencerianos, no negaban el ámbito metafísico, pero lo consideraban incognoscible, admitían la psicología y el evolucionismo mecanicista, menista y energético de Spencer.

Un segundo momento de la filosofía positivista lo constituye la filosofía científica, conocida con el nombre de científicismo. Trata de superar los problemas y dificultades que se plantean dentro de la filosofía positiva con las mismas armas de ésta. Actualizan sus representantes la información científica y se abren al reconocimiento de la metafísica como teoría de lo inexistencial, mientras el horizonte de trabajo de las ciencias es el dominio de la experiencia. En esta posición están José Ingenieros, Carlos Octavio Bunge y con menos significación filosófica Florentino Ameghino.

El agotamiento del positivismo de la filosofía científica, suscita la tarea crítica y la aparición de corrientes de ideas más actuales. Como preludeo de esa labor crítica hay que mencionar la docencia filosófica de Rodolfo Rivarola en la cátedra de ética y metafísica en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, fundada en 1896. La tarea "demoledora" la realizan Alejandro Korn y Coriolano Alberini, uno en una actitud de comprensión de los aspectos positivos, el otro en una actitud crítica más severa. Al primero el autor da un lugar sillar en el desarrollo de los estudios filosóficos argentinos y lo considera, con palabras de Pedro Henríquez Ureña, un "maestro de saber y de virtud" por su capacidad especulativa, su auténtica vocación y su autoridad moral.

A partir de lo que Romero llama los fundadores (Korn, Alberini, Rougés, Taborada), la filosofía entra en su normalidad cultural. Hay que convenir que lo que alcanzan los autores mencionados es la independencia de la filosofía de la teología (a la que había estado supeditada hasta fines del siglo XVIII) y de las ciencias (a las que estuvo

subordinada durante el predominio del positivismo). Tras de la actuación de las figuras mencionadas se difunden en la Argentina las corrientes filosóficas más actuales, como la fenomenología (Husserl, Scheler, Hartmann), el existencialismo, además de otras direcciones de menos significación. Se estudia los filósofos europeos en sus idiomas originales, se dictan cursos y conferencias sobre sus ideas, se escriben libros de filosofía y se sostienen revistas de la especialidad. Se realiza un gran esfuerzo para mantener actualizada la información, se asimila, se selecciona y critica las direcciones del pensamiento filosófico europeo y se busca la expresión original y propia.

En Romero, que como queda dicho no hace historiografía propiamente dicha de la filosofía argentina, sino ensayismo, la filosofía comienza en la Argentina con el positivismo, a pesar de algunas expresiones esporádicas anteriores. Quizá no sean ajenas a este enfoque demasiado restringido la actitud y el ethos que ha suscitado la inmigración en el país, que tienden a exaltar con cierta unilateralidad sus aportaciones en todas las actividades, desde las económicas hasta las filosóficas y culturales, como si constituyesen un verdadero hiato con respecto a lo que en la Argentina se había hecho con anterioridad. En todo caso, desde el punto de vista de una historiografía del pensamiento filosófico hay que convenir que la filosofía está presente desde el período preindependiente en la vida del país.

14 LUIS JUAN GUERRERO

Luis Juan Guerrero (1899-1957), pensador profundo y original, ha realizado importantes investigaciones en el dominio de la historiografía de las ideas filosóficas argentinas. Desde que asumiera por primera vez la dirección del Instituto de Filosofía en el año 1936, su interés se orientó durante más de una década a la publicación de fuentes del pasado intelectual del país. El Instituto de Filosofía de la Universidad Nacional de Buenos Aires publicó el *Curso Filosófico* de Juan Crisóstomo Lafinur, dictado en el Colegio de la Unión del Sur de Buenos Aires en 1819. Esta obra apareció en 1938, con prólogo y notas de Delfina Varela de Ghioldi. A esta edición siguió la de los *Principios de Ideología elemental*, abstractiva y oratoria (en 3 volúmenes, 1940), con estudio preliminar de Jorge Zamudio Silva. Algunos años más tarde, en 1945, se dieron a conocer los *Escritos filosóficos* de Rodolfo Rivarola, con una presentación del propio Dr. Guerrero. En el plan de ediciones figuraban también el curso de Metafísica, de Pantaleón Ri-

varola. que éste dictara en el Real Colegio de San Carlos de Buenos Aires en 1781; la *Lógica* de Francisco Sebastiani, curso enseñado en el Colegio aludido en 1791; las *Reflexiones sobre las causas morales de las convulsiones internas de los nuevos Estados americanos y el examen de los medios eficaces para remediarlas*, obra que había sido publicada originariamente en Chile en 1836; y el *Curso Filosófico de Diego Al-corta* dictado en la Universidad de Buenos Aires, desde 1828 hasta 1841.

Figuraban en el plan de publicaciones mencionado otras fuentes filosóficas nacionales: *Ideas para presidir a la confección del curso de filosofía contemporánea* de Juan Bautista Alberdi, curso que se dictó en el Colegio de Humanidades de Montevideo en 1842; *Resultados generales con que los pueblos antiguos han contribuido a la civilización de la humanidad*, de Vicente Fidel López, memoria leída ante la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile en 1845. Del mismo autor se tenía proyectado editar su *Curso de Bellas Artes* (1851) y de José Manuel Estrada, *La Providencia Divina y la libertad humana*.

Entre los autores actuales, durante la dirección de investigaciones y publicaciones del Dr. Guerrero, se publicaron las siguientes obras: *Idealismo fenomenológico y metafísica existencial* (1936), de Carlos Astrada; *Juan Manuel Fernández de Agüero* (1940), de Jorge Zamudio Silva; *Spinoza* (4 vol., 1941-1945), de León Dujovne.

En conexión con la cátedra de Ética, que sirvió Guerrero en la Facultad de Filosofía y Letras, primero como profesor suplente (1928-1935) y luego como titular (1935-1947), desarrolló varios cursos de interés para la historiografía filosófica nacional. Otros intereses intelectuales, su cátedra de Estética en la Facultad mencionada (1945-1946) le llevaron por otros derroteros. También atendió la enseñanza de la Psicología en la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación en Rosario. En todos estos campos produjo valiosas obras, entre las que se destacan su *Estética Operatoria* (3 vol., 1956-1966), su *Psicología* (1938) y sus apuntes de cursos de ambas materias, algunos escritos por el mismo Dr. Guerrero y otros tomados en sus clases por los estudiantes.

Por lo que hace a nuestra búsqueda, interesan en la producción de este autor su trabajo sobre *La conciencia histórica del siglo XVIII*³⁵, *Tres temas de filosofía argentina en las entrañas del "Facundo"*³⁶ y *El problema de la conciencia nacional en su formación ética y desarrollo histórico*³⁷. Además de estas publicaciones hay que mencionar cursos en la cátedra de Ética, cuyo contenido se vinculaba con el desenvolvi-

miento de la ética y la filosofía política en la Argentina, y que se conocen en apuntes tomados por sus alumnos.

De las publicaciones antedichas, *La conciencia histórica del siglo XVIII* es un excelente trabajo donde rastrea la cuestión de la formación de la conciencia histórica en Francia, Inglaterra, Alemania. La actitud de la filosofía de las luces frente a ese problema es examinada documentadamente en los tres países, en función de la situación social y política de esos países. Muestra cómo se fue formando la conciencia nacional como realidad histórica, aunque los ilustrados desnudasen al hombre de sus particularidades, tradición, costumbres, usos y aspirasen a una idea de hombre universal y cosmopolita. En las postrimerías del siglo XVIII sobrevienen las tendencias pre-románticas y muy luego el historicismo romántico, que fomentan la formación de la conciencia nacional. El autor muestra las proyecciones en la historia del pensamiento filosófico argentino de la actitud de la ilustración y el romanticismo historicista.

Tiene un interés especial el estudio de Guerrero *Tres temas de filosofía argentina...* Se eleva en mucho sobre la tupida divagación en uso en asuntos Sarmientinos. Parece atendible decir, lo primero, que el autor distingue cuatro ciclos en el desarrollo histórico de las ideas en la Argentina: el colonial, que no coincide totalmente con la escolástica; la ilustración, el romanticismo y el positivismo. De ellos ha estudiado los intermedios: la ilustración, el romanticismo y los orígenes románticos del positivismo. La categoría de ciclo había sido empleada con anterioridad por Rodolfo Rivarola y Joaquín V. González, influidos por las ideas de Alfred Fouillée. Por cierto, en Guerrero tiene otro origen, que no aparece manifiesto en su trabajo. De todas maneras, si se piensa en la fundamentación fenomenológico-existencial de su *Estética Operatoria*, es razonable afirmar que las ideas de ciclo y de deriva históricos de Heidegger fundamentan el empleo que el autor hace de ellas en el trabajo de referencia.

Tres núcleos de ideas fundamentales resumen, a juicio de Guerrero, el proceso de difusión intelectual del pensamiento iluminista del siglo XVIII en las colonias españolas de América: 1) el empirismo de Locke, que se prolonga en el llamado sensualismo de Condillac; 2) las teorías fisiocráticas y afines sobre el gobierno económico del mundo circundante, desde Quesnay, Galliani y Genovesi hasta Condorcet y Adam Smith; y 3) la doctrina del contrato social de Rousseau. Tres son los temas que afloran en estas corrientes de la filosofía de las luces y la filosofía romántica. Se extiende en la presencia de estos temas (a

través del estilo, la actitud y el *ethos*) en los ilustrados y románticos argentinos.

Con el enfoque y los temas aludidos penetra el autor en las entrañas del *Facundo*, comenzando por aclarar el sentido que tiene la secuencia de esas cuestiones en la obra de Sarmiento, a la que sitúa dentro del romanticismo historicista. El análisis filosófico de la obra le conduce a conclusión parecida, aunque puntualiza que la tercera parte del *Facundo* tiene un sentido prospectivo iluminista. En Sarmiento se da así una síntesis dialéctica (de origen herderiano) de ilustración y romanticismo. Se opone a las vistas de Groussac, Ingenieros, Korn y Romero que han atribuido ideas positivistas y pragmatistas a Sarmiento. No se ha anticipado a Taine ni a James. Lo que ocurre es que tanto los positivistas como los hombres de la generación del 37 han bebido en las mismas fuentes filosóficas. Coincide de este modo Guerrero con los resultados conseguidos por Coriolano Alberini.

Son de mucho interés los cursos que Guerrero dictara en su cátedra de Ética, en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, según queda dicho. En 1941 examinó las "Fuentes europeas para una historia del pensamiento ético americano, y especialmente argentino". El tema fue desenvuelto poniendo el acento en las fuentes de la ilustración y el romanticismo, esto es, en los grandes problemas éticos, políticos y sociales de la vida moderna y contemporánea. Así en el ciclo de las luces estudia el sentido y las doctrinas éticas europeas, la filosofía política inglesa, la Revolución francesa y la Ideología, y su influencia en la ilustración americana y argentina. Lo propio hace con el ciclo romántico alemán, el pensamiento francés de la época y su influencia en América y la Argentina. El curso se cierra con el estudio de los orígenes románticos del positivismo y el tránsito al ciclo positivista.

El curso de 1942 versó acerca de "La concepción historicista y su influencia en la filosofía social argentina". Esta vez Guerrero estudió las fuentes del historicismo, con especial referencia a Vico y Montesquieu y Herder; a la filosofía de la historia del romanticismo alemán y francés. En la segunda parte trató el problema de la conciencia nacional en el iluminismo argentino y en los hombres de la "Joven Argentina", especialmente en Echeverría, Alberdi, López y Sarmiento.

En 1943 investigó el problema de las relaciones entre la teoría y la práctica, y sus manifestaciones en el pensamiento filosófico argentino. También esta vez el foco de su interés se concentró en la indagación de fuentes del pensamiento ético nacional. Dividió sus cursos en tres partes. En la primera analizó las posiciones clásicas del problema

de las relaciones entre "theoría" y "práxis" en Platón, Aristóteles y el racionalismo cartesiano. Inquirió los nuevos datos del pensamiento de la ilustración europea y el despertar de la conciencia histórica, la razón pura y la razón práctica en Kant y las relaciones entre teoría y práctica en este filósofo. En la segunda parte de sus lecciones, estudió la misma cuestión en el idealismo alemán, desde Lessing hasta Hegel, y las tesis de la realización de la filosofía, con particular referencia a Hegel y Marx. Examinó además la filosofía social del romanticismo francés y los problemas de las relaciones entre teoría y práctica en la época post-hegeliana, y la realización de la filosofía como tema fundamental del pensamiento positivista. La tercera parte versó acerca del iluminismo argentino, desde Belgrano hasta Diego Alcorta, la penetración historicista con Echeverría, la tesis de la realización de la filosofía en el pensamiento juvenil de Alberdi (*Fragmento preliminar...*, 1837; *Curso de Filosofía*, 1842), los planteamientos de la filosofía social argentina, hasta el *Facundo* de Sarmiento y la función de la filosofía en la época de la organización nacional.

Si se atiende a toda la labor de Guerrero en torno de la historia del pensamiento filosófico argentino, hay que convenir en los siguientes rasgos: 1) Ha indagado principalmente el problema de las fuentes del pensamiento filosófico nacional y el problema de las influencias europeas. Hay que decir que sus estudios y cursos son minuciosos e informados. No se trata de planes generales. 2) No ahonda mayormente en la búsqueda de los aspectos originales y propios de un modo especial, aunque a veces puntualiza el esfuerzo de síntesis de los autores; 3) Corrige, como ya lo había hecho Alberini, ciertas afirmaciones de Grousseau, Ingenieros, Korn y Romero, en el sentido de que no ha habido en la Argentina un positivismo infuso, precursor del positivismo doctrinario europeo; 4) Sostiene que la filosofía argentina emerge con la filosofía de las luces. Alberini había considerado a la escolástica como exógena y la ilustración como una reacción propiamente argentina. En esta actitud están también Ingenieros, Korn, Romero y otros. En realidad, introducen un hiato demasiado tajante en el curso histórico de las ideas. Como en el proceso histórico general también aquí la discontinuidad emerge del seno de la continuidad históricas. Tan pensadores argentinos como Belgrano, Moreno, Vieytes, Castelli, Monteagudo, son Chorroarín, Valentín Gómez, Ignacio Gorriti, el deán Funes. 5) No coincide del todo con Alberini en su esquema interpretativo de la generación del 37. Para ello, el autor de *Deutsche Philosophie in Argentinien*, los hombres de aquella promoción se propusieron realizar fines ilumi-

nistas (los ideales de los hombres de Mayo) con medios románticos. Para Guerrero hay una relación más profunda entre estos dos aspectos: relación dialéctica, a veces un tanto burda, cuyo origen se encuentra en Herder y no en Hegel, como han pensado otros autores. 6) Ha estudiado sólo un fragmento del curso histórico del pensamiento filosófico nacional (la ilustración y el romanticismo). 7) Ha indagado las influencias recibidas por Echeverría, Alberdi, Gutiérrez, López y Sarmiento con gran espíritu crítico, destacando las influencias profundas de las superficiales y exteriores, entre las que figuran las de Lermnier, Quinet, Causin, Leroux, Saint Simon y otros. Y ha señalado errores de autores anteriores, cometidos por insuficiente conocimiento de la historia de la filosofía europea.

15 LUIS FARRÉ

Escritor de filosofía y docente universitario con varias obras de contenido filosófico, Luis Farré (1902) es autor de un libro donde estudia los primeros cincuenta años del siglo XX desde el ángulo de las manifestaciones filosóficas. El nombre de la obra aludida declara su contenido: *Cincuenta años de filosofía en la Argentina*, y fue publicada en 1958, con un extenso y valioso prólogo del doctor Coriolano Alberini. Este libro había sido precedido por otro estudio del mismo autor, *Diez años de filosofía en la Argentina* (1940), que en lo fundamental aparece incluido en el libro posterior, ya mencionado.

La obra de Farré tiene el interés de ser el primer ensayo de una interpretación de conjunto del desarrollo filosófico del país de la primera mitad del siglo actual. En verdad, más que de un libro de historiografía filosófica, en el sentido de que siga el curso histórico de las ideas, es un ensayo abarcador integrado por una serie de semblanzas filosóficas de distintos autores, que muestran los rasgos filosóficos de los mismos y con frecuencia su valoración crítica. Escasea esta obra del sentido del proceso y movimiento que posee el curso histórico de las ideas y sus relaciones e influencias recíprocas. Esa serie de estampas filosóficas autónomas, como las califica Alberini, no muestra la trabazón interna de las ideas filosóficas. No basta a este propósito ciertas designaciones genéricas de corrientes de la filosofía que aparecen en el libro, que resultan externas, tales como la de positivismo, materialismo, reacción antipositivista, superación del positivismo, existencialismo, filosofía católica y otras.

Nada se dice en *Cincuenta años de filosofía en la Argentina* del método de búsqueda que se emplea. El lector no encuentra expresados los criterios historiográficos con que se ha elaborado la obra y el lugar de ellos se encuentra con una semblanza filosófica más, donde el autor traza los lineamientos generales de su propia labor filosófica.

Cincuenta años de filosofía en la Argentina comienza con breves referencias a los antecedentes de la filosofía en la Argentina durante el período colonial y el siglo XIX. Al primero califica en términos generales de escolástico, aunque puntualiza la penetración de corrientes del pensamiento moderno en las postrimerías del siglo XVIII. En el siglo pasado la filosofía no fue cultivada con espíritu desinteresado, por la filosofía misma, sino por sus aplicaciones en la filosofía política, la educación, el derecho, la sociología y la psicología. Durante el predominio de la filosofía de las luces y la Ideología las aplicaciones fueron predominantemente políticas y educacionales. Con posterioridad, particularmente durante el período positivista, las aplicaciones se extendieron a los otros campos mencionados más arriba. En las postrimerías del siglo XIX, la fundación de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires (1896), representa la posibilidad del cultivo de la filosofía con rigor universitario y de un modo desinteresado, alejado de las urgencias prácticas inmediatas.

El autor no inicia el pasaje del siglo XIX al XX con los representantes de la filosofía cientista, entonces predominante, o científicista como también se la llama, cuyos representantes fueron Ameghino, Ingenieros, Alvarez, Bunge, Horacio Piñero, Rodríguez Echar y otros. Comienza con la actitud y las ideas filosóficas de Rodolfo Rivarola, profesor de ética y metafísica de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, y expositor de la filosofía de Kant; y del pensamiento filosófico de Carlos Baires, cultor de Schopenhauer. Es decir que Farré no guarda la secuencia de las ideas desde el punto de vista histórico y comienza su libro con los asomos de la reacción anticientíficista (que llama antipositivista), para estudiar a continuación el positivismo y el materialismo histórico. Contra la cronología coloca primero a Ingenieros y Aníbal Ponce que a Juan B. Justo. A Bunge lo incluye entre los positivistas y a Ingenieros entre los científicistas sin abundar en razones.

La reacción antipositivista, la inicia con Coriolano Alberini. Antes dedica algunas páginas a Alejandro Korn, que queda sin ubicación explícita, aunque por el contenido y la valoración crítica de la semblanza, que son acertados, parece desprenderse que es puente o guión entra la filosofía científicista y el período siguiente. Lleva razón el

autor cuando dice que está más cerca Alberini de lo que siguió filosóficamente después que Korn.

Con el nombre de superación del positivismo estudia las ideas filosóficas de Alberto Rougés, Alfredo Franceschi, Patricio Grau, Luis Juan Guerrero y Saúl Taborda. Se trata de las trazas filosóficas de cada uno de ellos, independientes y sueltas. Las valoraciones críticas son siempre seguras en estos casos. Un capítulo especial consagra a Francisco Romero, en que caracteriza su pensamiento filosófico a través de sus temas y rasgos más destacados. La valoración crítica es ajustada.

Las semblanzas intelectuales de autores más recientes, tales como las de Emilio Estiú, Risieri Frondizi, Eugenio Pucciarelli, Aníbal Sánchez Reulet, Juan Adolfo Vázquez, Rodolfo Agoglia y Raymundo Pardo, figuran con el título de "otras expresiones del pensamiento contemporáneo". Estas páginas no mantienen el mismo nivel crítico de las anteriores y en algunos casos escasea o falta totalmente.

A la filosofía existencial y tendencias afines dedica el autor atención especial. Presenta dentro de esta corriente del pensamiento contemporáneo a Carlos Astrada, Angel Vassallo y Miguel Angel Virasoro. Señala en ellos la influencia de otras corrientes de ideas, ubicándolos a la postre en posiciones eclécticas. Esta apreciación no es pertinente, porque no se trata de autores que busquen expresamente conciliaciones o yuxtaposiciones entre diversas direcciones filosóficas. Pensamos que más correcto es hablar de síntesis filosóficas, superiores y superadoras de las distintas fuentes en que se abrevan no exteriormente, sino a través de un largo y penoso desarrollo de pensamiento interior, con muchos sesgos originales e intransferibles a denominaciones genéricas. En este apartado de *Cincuenta años de filosofía en la Argentina* se incluye, además, las figuras y las ideas de Vicente Fatone, Rafael Virasoro y Carlos Alberto Erro.

Farré examina la obra de comentaristas y expositores de la filosofía europea en nuestro país. Expone concisamente la aportación y el valor de Alfredo Coviello, León Dujovne, Rodolfo Mondolfo (que destaca entre los demás) y Manuel Núñez Regueiro. Menciona a Roger Labrousse, Raimundo Lida y Abraham Waismann.

A la filosofía católica y sus exponentes estudia Farré por separado. Entronca esta corriente de pensamiento con sus antecedentes en el período hispano y sin ahondamiento mayor, pues se trata de lineamientos generales, se refiere también en términos muy generales a la continuación de esta filosofía en algunas etapas del siglo XIX. En lo que va del siglo examina las doctrinas de Nímio de Anquin, Leonardo

Castellani, Octavio Nicolás Derisi, Julio Menviello, Juan R. Sepich, Hernán Benítez, Tomás Casares, Alfredo Fraguero y otros. Estas figuras están estudiadas en el libro de Farré con simpatía intelectual y comprensión de contenido. En el caso de Nimio de Anquín, se subraya demasiado el carácter tomista de su pensamiento, con olvido de los sesgos hegelianos y de filósofos más recientes. Las valoraciones críticas son por lo general acertadas.

La filosofía de los jesuitas merece del autor algunas páginas. En ellas pasan en apretadas apuntaciones Enrique B. Pita, Ismael Quiles, Juan Rosannas, Orestes G. Bazzano, todos profesores de la Facultad de Filosofía y Teología de San Miguel.

Un acierto del libro de Farré es el estudio que incluye el desarrollo, temas, nivel y tendencias del Primer Congreso Nacional de Filosofía, realizado en Mendoza en el año 1949.

Tras del despliegue de los principales autores y manifestaciones filosóficas en la Argentina, el libro de Farré trae un balance crítico con los rasgos de la filosofía argentina durante la primera mitad del siglo XX. Por cierto, esos caracteres están desprendidos por el autor de los materiales ofrecidos por su libro. Su caracterización está precedida por el examen de la posibilidad de la filosofía americana y nacionales. Con buen criterio el autor asienta que la filosofía de suyo aspira a rasgos de universalidad, lo cual no obsta para que aparezca la referencia a la índole nacional en la preferencia de ciertos temas, motivada por sentimientos o tradiciones colectivas. Por otra parte, la filosofía como interpretación de realidades vernáculos asume sesgos nacionales. Tal es lo que ocurre con la filosofía europea que tiene modalidades particulares en Alemania, Francia, Italia, Inglaterra, Bélgica y otros países.

Los rasgos del filosofar en la Argentina, según Farré son los siguientes: 1) cierta preferencia por el tema del hombre y las cuestiones de antropología filosófica; 2) el interés constante en el problema de la libertad, aún en autores como Ameghino e Ingenieros, cuyo evolucionismo determinista comprometía seriamente la significación de la libertad, 3) el cultivo de la axiología y la ética; 4) la necesidad filosófica de la metafísica, aunque "el pensador argentino no se ha dejado ilusionar en exceso por el vuelo metafísico".

La obra que consideramos se cierra con algunas reflexiones acerca de la argentinidad de los filósofos argentinos contemporáneos. Farré sostiene que para encontrar la raíz argentina de la filosofía, es preciso adoptar una actitud filosófica genuina auténtica, que no consiste en la mera erudición, sino en un modo de abrirse a los problemas radicales

del hombre, del mundo y la trascendencia. Si se personifica la filosofía, ella por añadidura será argentina en la realidad histórica de nuestro país. La actitud filosófica comienza con el autoconocimiento, esto es, con el conocimiento concreto que el filósofo debe tener de sí mismo y de la realidad, como que tiene que constituirse en un ser ubicado temporal y especialmente. Este "adentramiento hasta las más íntimas fibras de nuestra alma, cuya extrema sensibilidad resulta dolorosa, en la búsqueda de la autenticidad"³⁸.

En los autores que han hecho auténtica filosofía, Farré reconoce como rasgos de la argentinidad filosófica los mismos que ha señalado para el filosofar argentino. La búsqueda de la libertad no ahonda en su sentido metafísico, salvo raras excepciones. Otro rasgo es la conexión entre libertad y cultura, entendida esta última como plasmación de valores. Añade que "somos principalmente antropocéntricos". Otro sesgo es la preocupación por la filosofía de la persona y cierto acento espiritualista y ético. Somos además pobres a las conquistas metafísicas. La argentinidad queda expuesta, finalmente, en esta proposición del autor: "Una libertad, que es energía sabiamente administrada, regulada por la ética, seleccionadora de valores, con miras a estructurar una cultura propia".

Hay que convenir que si bien Farré no explica su método de búsqueda, campea por todo su libro, además de los contenidos y rasgos anotados, un enfoque filosófico espiritualista, que se nutre en la cultura greco-romana y cristiana, así como en las modernas y contemporáneas corrientes de la filosofía europea y americana. Cabe señalar en *Cincuenta años de filosofía en la Argentina* una gran dosis de ecuanimidad en las apreciaciones de autores, muchos de los cuales están aún vivos y en plena producción, lo cual tornaba su tarea particularmente difícil.

N O T A S

1. — No todos los autores mencionados han realizado labor historiográfica de carácter filosófico. Algunos se limitan, con intermitencia, al ensayismo.

2. — Juan María Gutiérrez: *Noticias históricas sobre el origen y desarrollo de la instrucción pública superior en Buenos Aires*. Advertencia. Edic. "La Cultura Argentina", Buenos Aires, 1915.

3. — Juan María Gutiérrez: obra citada. Prólogo, pág. VII-VIII. Edición nombrada.

4. — Juan María Gutiérrez: obra citada. Prólogo. Edic. nombrada.

5. — Juan María Gutiérrez: obra citada. Prólogo. Edición nombrada.

6. — Pablo Groussac: *Mendoza y Garay*. El método histórico. En *Páginas escogidas*. Edic. L. J. Rosso. Buenos Aires, 1928.
7. — Pablo Groussac: obra citada. Idem. Pág. 318-332.
8. — Pablo Groussac: obra citada. Idem. Pág. 318-332.
9. — Pablo Groussac: obra citada. Idem. Pág. 318-332.
10. — Pablo Groussac: obra citada. Idem.
11. — Pablo Groussac: obra citada. Idem.
12. — Pablo Groussac: obra citada. Idem.
13. — Juan Mamerto Garro: *Bosquejo histórico de la Universidad de Córdoba*. Imprenta de M. Biedma. Cap. VII. Buenos Aires, 1882.
14. — Juan Mamerto Garro: obra citada. Idem.
15. — Rodolfo Rivarola: *Ensayos históricos*. Ciclo de las ideas-fuerzas en la historia argentina. Pág. 427-457. Edic. de la Facultad de Filosofía y Letras. Buenos Aires, 1941.
16. — Obra citada. Idem. Pág. 454. Edic. nombrada.
17. — *Estudios filosóficos*. La historia ante la filosofía y la política. Pág. 220. Edic. de la Facultad de Filosofía y Letras. Buenos Aires, 1945.
18. — *Estudios filosóficos*. Idem. Pág. 213-248. Edic. nombrada.
19. — José Nicolás Matienzo: *Gobierno representativo federal de la República Argentina*. Buenos Aires, 1890.
20. — José Nicolás Matienzo: *La ley de las generaciones en la política argentina*. Edic. Librería Anaconda, 1930.
21. — José Nicolás Matienzo: *La civilización es obra del pueblo y no de los gobernantes*. Págs. 14, 41, 43. Edic. Librería Anaconda. Buenos Aires, 1932.
22. — José Ingenieros: *La evolución de las ideas argentinas*. Edic. L. J. Rosso. Buenos Aires, 1918.
23. — Juan Chiabrá: *La enseñanza de la filosofía en la época colonial*. Introducción, Pág. VI. Edic. Imprenta Coni. Buenos Aires, 1911.
23. — (bis) Juan Chiabrá: obra citada. Introducción. Págs. V-VI. Edic. citada.
24. — Alejandro Korn: *Apuntes filosóficos*. Cap. IV. Pág. 303. En *Obras Completas*. Edic. Calbridad. Buenos Aires, 1949.
25. — Alejandro Korn: Obra citada. Idem.
26. — Alejandro Korn: *Influencias filosóficas en la evolución nacional*. En *Obras Completas*. Edic. citada.
27. — Belisario Montero: *Un filósofo colonial*. Anales de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales. Tomo quinto, 2da. parte. Buenos Aires, 1915.
28. — Belisario Montero: *Conversaciones sobre filosofía y arte*. Caps. XI, XIII, XIX, XXX. Buenos Aires, 1930.
29. — Belisario Montero: *Un filósofo colonial*. Idem.
30. — Belisario Montero: obra citada. Pág. 218. Edic. nombrada.
30. — (bis) Belisario Montero: *Un filósofo colonial*. Pág. 337. Edic. nombrada.
31. — Coriobaldo Alberini: *Problemas de la historia de las ideas filosóficas en la Argentina*. Edic. de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. La Plata, 1966.
32. — Guillermo Furlong: *Nacimiento y desarrollo de la filosofía en el Río de La Plata (1536-1810)*. Parte III. Eclecticismo. Cap. I. Pág. 592. Edic. Kraft. Buenos Aires, 1952.

33. — Juan Carlos Probst: *Juan Baltazar Maziel, el maestro de la generación de Mayo*. Epílogo. Pág. 343. Edic. de la Facultad de Filosofía y Letras. Buenos Aires, 1946.

34. — Francisco Romero: *Sobre la filosofía en América*. Cap. Tendencias contemporáneas en el pensamiento hispanoamericano. Pág. 12. Edit. Raigal. Buenos Aires, 1952.

35. — Luis Juan Guerrero. *La conciencia histórica en el siglo XVIII*. Apuntes de clase. Mimeografiados. Cátedra de ética. Buenos Aires, 1940.

36. — Luis Juan Guerrero: *Tres temas de filosofía en las entrañas del "Facundo"*. Buenos Aires, 1946.

37. — Luis Juan Guerrero: *El problema de la conciencia nacional en la formación ética y desarrollo histórico*. Apuntes de clase mimeografiados. Cátedra de ética de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, 1942.

38. — Luis Farré: *Cincuenta años de filosofía en la Argentina*. Cap. XVIII, Pág. 367. Edic. Peuser. Buenos Aires, 1958.